REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXV | San José, Costa Rica **1938** Sábado 16 de Julio | Núm. 22

Año XIX — No. 854

SUMARIO

Luis Urbaneja Achelpohl

Por *JOSE RAFAEL POCATERRA*

= Colaboración. Montreal, Canadá, agosto de 1938 =

Pointe-Claire, Quebec, setiembre 5 de 1937. Sí, eso es lo natural. Cae dentro del marco lógico de una época.

Le habrán ido a sacar de su casita de El Valle, allá oculta tras un jardín, bajo algunos árboles... Habrá trepado, esta vez a hombros ajenos, las escaleras que suben hasta la callecita urbana, con sus tejadillos bajos y sus fachadas al temple. Al temple de la modestia ciudadana, callada, humilde que fue la existencia de un gran artista.

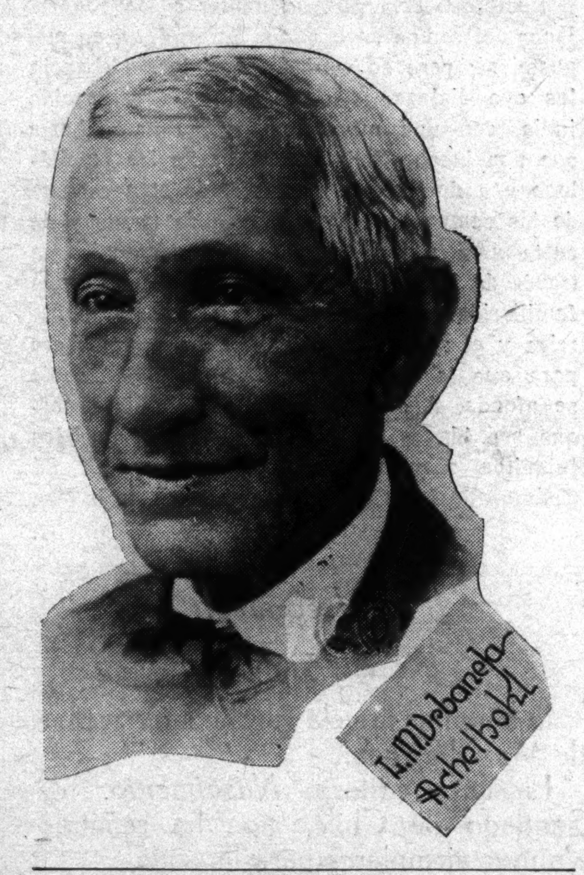
Ya no volverá a descender más la cuesta, ya no irá a pasarse sus tardes a la estrecha mesa, con los espejuelos caídos y las cuartillas dispersas; y le habrán cantado el responso final y por la misma carretera que de la vulgar capital le traía a la paz de su albergue, ahora le llevarán, a ubicarlo en la medida estrecha, bajo la piedra cifrada. Algunas lágrimas, el registro de su partida de propiedad en la tierra venezolana donde al fin tiene casa propia. Comentarios de prensa. No mucho ruido, no, que ése que llevan a enterrar es un pedazo de la Venezuela eterna; y a Venezuela se la entierra así, por trozos y modestamente.

Hace quince años en El Valle vivía. Allá fuimos una noche con Arvelo Larriva—cuando fundamos *La Lectura Semanal* y adquirimos para una de las primeras entregas *Ovejón.* Nos leyó con su voz suave, lenta, como correr de agua por arena menuda que a ratos se quiebra en una guija, el cuento aldeano.

Después nos acompañó por las vegas del río, al descenso de callejuelas en torrentera. Un rato contemplamos los tres aquella orgía de estrellas, aquel volcar del carro de las constelaciones sobre nuestras cabezas. Porque era una noche incomparable. Contra la claridad estelar, árboles de lento erguirse de sombras iban marcando el paso misterioso del río. Y la luz cruda de los ventorros, de las bodegas, de alguna ventana entreabierta, chafaba arriba en la acera y se partía en tonos amarillentos como una agua sucia que nos saliera al paso por las bocacalles.

Arvelo-Larriva ya murió. Luis Urbaneja también. ¡Cuándo nos moriremos todos para dejar el campo libre y la vanidad expedita a este tropel de exacerbados que ensayan sus melopeas y sus croaídos a costa de nuestros dolores!

Luis Urbaneja vió a sus compañeros todos



en alto lugar. El más genuino artista criollo de su época, cuando los de *Cosmópolis* y sus sucedáneos iban a los altos cargos, a las academias, a las misiones decorativas o decorosas, se quedó siempre con su corbata de romántico de la revolución de julio y su chambergo independiente, o en una mesa de Juzgado o por ahí, cesante, en pequeños negocios para magras utilidades de pancomer. Y lo más hondo y noble de este prócer auténtico de la literatura nacional es que jamás destiló amarguras de la suya. En él—por un milagro de química espiritual—volvíase miel la torpe goma que cuaja grumos en el tronco de los jabillos de nuestra prohombría, punzante de corteza y floja de corazón.

Acaso solo con su alma y con su talento, por los ojos se le entraba mejor el paisaje; y como si todo lo demás fuera un mundo de fantasmas, captaban el gañán y el predio, la yunta de bueyes y el crepúsculo, la moza y la vieja, y tal vez el campanario del pueblecito y siempre el celaje de sangre coagulada y el verde tierno de los "botones de algodonero".

Le premió Argentina una novela. En Venezuela apenas si la leyeron. *En este país*... En este país vivió, escribió y murió un hombre que es gloria de las letras de este país y no le costó nada a este país.

Ayer, una dorada tarde de este mayo pasado, fuimos allá, con Gornés Mac-Pherson, a sorprenderle en su casita. Y lo hallamos—como tres lustros antes—trabajando. Mucho más viejo; un poco más triste. Honda emoción le embargó al vernos. Entre nosotros se incorporó la teoría de todos nuestros amigos muertos, o dispersos. O deshonrados. Y una época, la más áspera, brutal e incomprensiva, acababa de zarpar a zarpazos. Leyó ¡otra vez! un capítulo de su obra—que ahora es póstuma—con la voz de entonces, pero velada a ratos y dejando un eco de rumores finales en cada frase que una mano flaca y patricia—antes que la palabra terminara—iba desflecando en el aire.

Convinimos en que él prologaría *Casa de los Abila* y nosotros ese libro inédito suyo—*A la Sombra de la Negra Juana*—que ahora comenzaba a leernos. Porque *La Casa de las Cuatro Pencas* no dice en su deshilvanado contexto y en el descuido de su forma—ya que plena de gemas hermosas, de puñados de guijarros recogidos de prisa en la confusión de una mina oscura—cómo es de genuina y honda esta otra obra que allí terminaba de escribir, en el grande, en el dulce y genial Urbaneja Achelphol de los mejores días.

Regresamos al extranjero. Comenzó a enfriarse el verano. Anochecía más pronto. La punta de los arces se orificó; luego oxidóse. Con los ojos fijos en el último gorrión sobre la primera rama de otoño murió el gato negro; y dos rosales ya secos, rodeábanse con pétalos blancos, caídos en torno, como una improvisación de nieves.

Una carta llega. A máquina, en caracteres rojos, la firma tumbada como esta hierba que las primeras ráfagas empujan hacia la muerte ... Es de dos de agosto. Ya la Otra andaba acechante por la Calle Atrás del Valle viendo para el número urbano de la casita escondida ..."Querido amigo: los trozos de capítulo que tuve el placer de leerle, pertenecen a lo que ha de llamarse *A la Sombra de la Negra Juana.* Novela de la que mucho desconfío por el modo como ha sido trazada, que hace de ella algo así como un cáos... Deseo volver a verle pronto y con calma; no entre dos fechas de

viaje; apenas pudimos hablar sobre nuestros proyectos de prólogo... Ahora tengo que valerme de la máquina para escribir porque no poseo la hermosa, clara y elegante letra inglesa de Hugo de los Corrales. Mis garabatos ya son pocos quienes los entienden y aunque no estoy muy diestro en el manejo del teclado, mi escritura hecha así resulta legible aunque esté mal hecha y disparatada".

Y hace memoria de agradecido afecto a la invitación que le hicimos entonces. Fue un ágape donde gentes de mi amistad quisieron reunir a su mesa a Rómulo Gallegos, a Uzlar Pietri, a nosotros. Se nos invitó advirtiéndosenos que podíamos llevar a quien deseáramos. Y era él quien allí faltaba. Así que vendríamos a buscarlo.

Con nosotros estuvo esa noche. Le hicimos el héroe de nuestra pequeña reunión. Los anfitriatros, las lindas muchachas invitadas, le colmaron de agasajos. Algunos fuimos a terminar la velada en el taller del pintor Narvaez. A eso alude esta carta que se quedó sin respuesta. La Otra estaba ya con él. Acaso ya se inclinaba a su diestra cuando echó la firma así, en plano inclinado hacia el total silencio...

Nunca pensamos que al dejarle en la verja de entrada de su casita y al abrazarnos en el estribo del automóvil, aquel viejecillo lleno de vivacidad y de una alegría casi infantil se nos iba para la muerte por aquellos escalones sumidos en la penumbra de la madrugada.

De modo que aquel banquete fue el del ritual griego; la despedida del causahabiente literario de una generación, del hombre noble y bueno, del maestro que escribió tantas páginas de belleza, de verdad, de bien. Y alegre y elegante y bella para él aquella noche como si los dioses le hubieran reservado ese homenaje tan espontáneo y tan desinteresado. Porque él lo merecía; y los que allí estábamos se lo debíamos.

Y ahora esta carta... ¿Nuestra respuesta iba a ser una nota necrológica oliendo a tarjeta con orla en la que ponen o se ponen, barajados, los que hasta con la muerte aprovechan o les aprovecha la muerte? No: una nota viva, porque él tiene que vivir, porque él debe vivir —y para siempre—en la antología de los grandes escritores de América. Porque él debe decir a través de sus cuentos imperecederos que hubo un artista excelso que fue el más humilde de los hombres y el más desinteresado de los intelectuales venezolanos.

Hombre de lucha lo fue también, para que lo sepan quienes ignoran, o quienes ayudan a ignorar. Hay siempre el bando de macacos que se hace la ilusión de que ellos dan el pase a la celebridad, colgados por el rabo en las ramas de los periódicos. En guerras anduvo, como Cervantes, pobre y oscuro, cuando el don Quijote de Los Lirios arreó sus huestes por el campo de Montiel; y en prisiones políticas y en escondrijos de conspirador. En política utilitaria nada fue; tuvo esa superioridad sobre todos nosotros; y aun más heroica y digna sobre sus contemporáneos del 98. Fue "el intelectual olvidado". No en el extranjero. Ni en el corazón de sus hermanos de espíritu. Ni entre las gentes llanas y leales de su intimidad.

Urbaneja Achelphol en la "Calle Atrás" de El Valle y Pérez Bonalde de agente viajero de Lamann y Kemp son los polos sobre que ha venido girando una vieja tradición nuestra. Y porque cuatro bandoleros se agazapan en un breñal o asaltan una jefatura civil, ya hay bastante zócalo para próceres y harta holganza para pelafustanes.

El discurrir de la existencia y el discurrir en efemérides que para mediocres o para genios pasmados es de una asombrosa abundancia y para los Luis Urbaneja es pugna del pan de cada día dánosle hoy, que ya ni es nuestro y que les va recortado hasta los 15 gramos precisos, sin que del vino de la alegría y del natural decoro—que para el artista no es don ni regalo ni merced sino derecho intrínseco de primogenitura espiritual—nada. Nadie se cuida sino de considerar, de paso, que ya la gloria es bastante y que si con ella no le basta, que se conforme porque hasta eso irán a disputárselo con su vanagloria enfermiza los que pegados a las tetas de la publicidad no advierten q' un solo pezón les cabe en el hocico y que al patulear botan la leche y relajan la madre. En la vida maravillosa de las colmenas, todos los zánganos se acuerdan para fecundar una reina; en la vida de ciertos conglomerados humanos, todos los zánganos zumban por ahí preñadísimos de importancia ellos solos mientras otros abejorros silencioso trabajan y melifican. Pero no más piedras en la palada de la tierra que lo cubre y lo defiende y lo integra al vasto panteísmo de su arte mayor.

Romero-García puso a hablar a los venezolanos del campo en el libro. En crudeza, en mal gusto, sí; pero en verdad, en dolor. Urbaneja les oye dialogar con un tono de resignación india, con una mansedumbre mulata —hasta con una incoherencia zamba... Se lee su diálogo y a úno le canta en el oído el sonsonete de los campos nuestros. Blanco de mente y de casta ama a los suyos, a sus personajes, a través de la venezolania legítima que no es la familiaridad desfachatada del pellizco a la barriga y el agacharse bajo la axila populachera para que la vaharada nos mapuritee y nadie se ofenda. A su pueblo no se le quiere porque sea blanco, negro o verde ni porque los fulanitos sean descendientes de un No Sé Cuántos de las Calabazas que fue notario "en la Colonia" o de otros que emigraron de Hamburgo o de Nápoles para "hacer su América" y la América los hizo más de lo que pensaron. A su pueblo se le quiere así, a la que llamaríamos manera "achepoliana": con bondad, con sentido comprensivo, con fraternidad de corazón y no con palmadas de arriero ni dejando de decirle de qué pie cojea. De modo que polarizando por un instante la literatura nacional en estos dos muertos, para que los vivos no se molesten mucho, el de *Peonía*, título que es un acierto magno porque condensa toda la obra escrita y vivida de Manuel Vicente Romero, es uno: fija tras sus tipos el paisaje: tonos de ocre, índigo, verde acérrimo, mientras que Luis Manuel Urbaneja, el otro, aunque la luz del trópico acorta las distancias y recorta los perfiles, los troquela materialmente contra la barranca o el bosque o el río, también al amanecer hay ópalos y la tarde avileña se atavía de turquesas o deja flotando en una joroba de occidente una rara luz amarilla, como lograda con súlfuro; o un tal vacío pálido mezcla de luz o de presentimiento de sol; una luz como de eternidad. La del fondo remoto en Cristóbal Rojas, la del diluído de lejanías en Michelena tras las colinas por las que precipita el torrente de sus vírgens gordas. Y ese otro amarillo "sol de los venados" que baña las playas en el recodo por donde han llegado hasta el primer plano las figuras abatidas de *La Emigración* que Tito Salas debió haber guardado en sus retinas venezolanas cuando pintaba en París. Las escuelas difieren, el estilo varía, el medioambiente inspirador cambia, pero sólo entre lo genuino y lo depurado por el fuego del genio es que existe esa solidaridad remotísima que ata un extremo en un viejo caserón de Amsterdam y arroja el otro, por sobre los siglos, al retratista de Carlos IV. Y en la literatura de un país—o de una raza—cuando existan soluciones de continuidad y negación sistemática de lo que fue ayer para mejorar lo que podría ser mañana y todavía no lo es, esta tendencia significa que ya la bota del conquistador es una alpargata de excursionista. El artista—músico, pintor, escultor, arquitecto, ceramista o escritor —que trabaja para que "le guste a la gente" es un mero industrial de mérito cuyo prestigio cesa con la boga del negocio o el nuevo domicilio de la clientela. Los de ahora—y aun más los de aquí a diez o quince años—son más afortunados que los de entonces, porque la gente sabrá leer en mejor calidad, proporcionalmente, y en mayor cantidad mucho más que ayer. Lo afirma ese momento de la superación venezolana ante el fallecimiento del último déspota abintestato. Y no ha de pasarse mucho tiempo sin que surjan del limbo ése en que flotan valores auténticos del pasado, como glorias nonatas, los nombres que creemos ya borrados para siempre en el panorama de la Venezuela espiritual. Tras sus gafas ahumadas, los ojos de Pedro María Morantes contemplan el panorama de una Venezuela integral, por la que él también murió en exilio cuando su nombre era mala palabra en Maracay. Ese "sol de los muertos" tardará un poco en el otro hemisferio de la conciencia nacional. Pero llegará a éste.

Mientras tanto... Sombras! sombras! Lisandro Alvarado y nuestros paseos hasta el amanecer por la Caracas que no conocen los caraqueños; Ana Teresa Parra, bella y trémula, leyéndonos los primeros capítulos de su *Diario de una señorita que se fastidia* en el recato de su talento y de su feminidad; Arvelo Larriva, ese personaje extraordinario que se le escapó a Dostoyewski para envolverse en la

clámide insigne de un poeta; luego Luis Urbaneja...

El sabio "no de vana sapiencia sino sabiduría", la novelista de *Mamá Blanca*, el poeta cautivo de sus desgracias y de su genio; todos en una u otra forma, víctimas de una sola y misma injusticia colectiva que va desde la huesa de Santiago de Chile hasta el rincón de aquel cementeriecito de un pueblo del llano donde hace más de veinte años enterramos "a escote" un viejo que se quedó a pedir limosna después de levantar tres familias, fundar dos hatos, edificar una escuela y arruinarse pidiendo al fiado en las pulperías para mantener casi a la región y comprarles cerato y quinina a los llagosos, que allá decían que estaba loco... Entonces no lo creímos mucho. Ahora sí que estamos convencidos.

Don Lisandro amparado por un noble rasgo del canciller Itriago Chacín viviendo y muriendo de un cargo de segundo orden; Arvelo por allá, en la Barcelona catalana, casi en vísperas de que alborease la hora que soñó; la dulce Ana Teresa esperando comer su "poquita de tierra" extranjera en "la hora de la estupidez", como dijo, amargo y exacto, Enrique Bernardo Núñez...

Ya veremos, al final de esa jornada que a todos nos toca recorrer, si estos aprovechadorcitos lenguaraces, si estos doctorzuelos de gay saber y de jeringa y guayuco, si toda esta tropa de caraculiambros tecnimaniacos que cristalizan pelotas de bilis para que la gente crea que son topacios, o esos otros vejancones gordos o esquizofrénicos que han hecho buena la leyenda de la piedra del sapo, van a valer la paletada de tierra que les eche encima la mano desdeñosa que el destino tenga asignada a tan piadosa misión.

¡Y que siga la música de "los intelectuales" para allá y "los intelectuales" para acá. En este desgraciado país parece que a algunos venezolanos les irrita la idea de que existan y logren vivir. Es como si en el subconsciente, en la inhibición, en el *refoulement* ese de Freud, tan exacto y tan intraductible, desearan que hubiera un asilo, un gran asilo, con celdas, sopas diarias y mudas de calzoncillos semanales para ir de vez en cuando, endomingados y dominguejos, a contemplar a sus mejores hombres diciéndose atrocidades en el frenesí de la dieta por que al número 7 le dieron la escudilla más grande que al número 12; y poder enseñarle al forastero algunos locales vacíos: —Allí iban a meter a Andrés Bello... Era un pobre hombre—Bolívar le regaló un flux porque le daba clases; y no era patriota. Le leía los periódicos en inglés y francés al Capitán General español; y tenía alma de cogerle lo que le pagaban "los enemigos de la Patria"! ...Pero olió el frito y... se quedó en Londres y luego se fue a Chile donde lo querían y lo respetaban. ¡Ni Bolívar lo pudo convencer a que regresara!

—A Juan Vicente González hubo que ponerle camisa de fuerza y tramojo porque le gritaba a todo el mundo cosas horribles; figúrese que hasta a los del gobierno!

—En aquel cuartico estuvo don Cecilio Acosta. Era manso: les escribía tesis a los bachilleres para que se graduaran y los documentos oficiales que los ministros no sabían hacer; y les llevaba las cuentas a los comerciantes. Por eso le daban alguna vez dulce los domingos.

—¿Uster ve aquel socavón? Pues ése le tenían destinado a un señor Baralt de Maracaibo; pero el maracucho era vivo. Paró la cola y se fue para España. Allá fue hasta secretario de Isabel II y dicen que escribió el "manifiesto del Manzanares"... ¡Un personón! En cuanto vió la cosa aquí, echó un "véjame"—como dicen en su tierra—y se largó. Estuvo pensionado no sé si con 100 o 30 pesos macuquinos, mensuales, para escribir esa historia de Venezuela de donde sacan cosas los que echan discursos... Y eso por patriotismo y del peculio personal de un señor Codazzi...

—¿Y siempre se ha empleado ese sistema... conservador con los intelectuales?

—No siempre. Eso depende de ellos: si se "portan" bien los dejan quietos...

—¿Cómo quietos?

—Gua... que se la busque por ahí. En los últimos tiempos han sido mejor tratados: han tenido buenos puestos pero...

—Pero hasta cierto punto. Mientras los necesitaban para que engatuzaran a la gente de afuera diciendo que lo de adentro era muy requetebueno. Y entonces se hicieron la competencia y eso los perjudicó.

—¿Y ahora?

—Por el momento habría que construir nuevos pabellones porque se han dado muchos casos... Pero al fin son pocos los que vienen para acá. En definitiva: han cogido cierta experiencia.

—¡Pero eso es horrible!

—No lo crea: lo que es es posible.

Y esta especie de pesadilla parecería una diatriba si no fuera la historia sintética del pasado intelectual de Venezuela.

Ya los hombres de la época de Luis Urbaneja, aun los inmediatamente posteriores, con fama o sin ella, van pasando... Aprendan esa muda lección los de las nuevas generaciones o los jóvenes vitalicios. Tengan una noción más pura y desinteresada del arte como factor social. Mayor solidaridad ante los analfabetas que saben leer—que aunque parezca paradoja, no lo es—; y no se dejen traer y llevar en la balumba de las llamadas "letras nacionales" por quienes venguen sus complejos de inferioridad fomentando discordias e hinchando perros, como el loco que está en Cervantes. En Venezuela hay una movilización de muebles viejos; se están haciendo reparaciones, reforzando paredes, remendando techos y no es de impresionarse mucho que salga por ahí uno que otro alacrán entre una bandada de cucarachas.

A Luis Manuel Urbaneja Achelphol no tiene por qué decírsele que en paz descanse. En paz murió, en paz con su arte, con su conciencia. En paz hasta con la misma injusticia que se cometió con él en vida.

Y a través de la distancia en el tiempo que no en el espacio, arrancamos del jardín de otoño una brazada de yedras que nuestras manos venezolanizan y hacen arraigar en el amor de la tierra que lo defiende, lo ampara y lo consagra como el intelectual olvidado que no debe pasar al olvido.

Trabajar según la vocación

Pueden juzgarse cómo andarán las profesiones sociales cuando el ideal de la inmensa mayoría de sus cultivadores es hacer en ellas todo lo menos que quepa, lograr que esto se les pague todo lo más posible y romper cuanto antes la dura cadena que les mantiene amarrados como viles galeotes: tres verdaderas herejías, con perdón de los economistas sea dicho. Y si todavía queremos prescindir de determinados oficios, v. gr., el de comerciante, el fabricante, el agricultor, considérese qué pasará cuando este criterio gobierne la conducta del sacerdote o del científico. Y por cierto que a este punto conviene traer un ejemplo memorable. Un eminente profesor, (El malogrado D. Javier Llorens, catedrático de Filosofía en la Universidad de Barcelona) *como oyese los frecuentes lamentos de sus colegas contra lo exiguo de las dotaciones que el Estado, entre nosotros, asigna a tan respetable clase, solía responder: "Por mi parte, yo veo desde otro punto de vista la cuestión y me reconozco hombre de suerte, que tiene que agradecer a Dios mucho: ¡cómo me ha de parecer poco lo que recibo por mi cátedra cuando yo habría dado toda mi fortuna por ella! La Providencia me ha permitido cumplir la más alta aspiración ideal de mi vida; y todavía me atreveré a regatear lo que me dan por añadidura". ¿Entendía éste las cosas al revés o al derecho? Cada cual decida; mas parece fuera de duda que el hombre sólo es libre cuando trabaja según su vocación, y esclavo cuando deja a un lado la vocación y va tras de la paga: servidumbre ésta que la dura ley de la necesidad ha impuesto e impone todavía a tantos espíritus insignes.*

(De Francisco Giner en el estudio *Spencer y las buenas maneras*, preliminar del libro: *Herbert Spencer y la Educación científica*. Por Gabriel Compayré. Ediciones de "La Lectura", Madrid).

El Teatro en la U. R. S. S.

Por GUILLERMO JIMENEZ

= *Colaboración*. México, D. F., junio de 1938 =

Topaze fue una de las grandes interpretaciones de M. André Lefaur, allá por el año de 1930. en el Teatro Varietés de París; pasará mucho tiempo para que este actor encarne otro personaje tan humanamente. Aquí, en el teatro más clásico de la capital, en el más 1890, o lo que es lo mismo, en el teatro más litografía antigua, por donde pasaron las sombras de Ermete Novelli y María Guerrero: en el Teatro Arbeu, Alfredo Gómez de la Vega llevó al tablado el mismo personaje de Marcel Pagnol y, si no superó a M. Lefaur, poco faltó para ello; Gómez de la Vega nos presentó un *Topaze*, que hubiera sido muy del agrado del célebre comediógrafo francés.

Mucho me equivoco o *Topaze* es el personaje que Alfredo ha sentido con más amor y con más fidelidad, lo que significa, en números redondos, que Gómez de la Vega es un verdadero actor, encariñado con la responsabilidad de su arte, que estudia y disecciona y se nutre del espíritu de las obras, antes de ordenar que se levante la cortina. El afán de cultivarse, el anhelo de asomarse a todas las ventanas de las novísimas renovaciones teatrales lo han llevado a las primeras filas en las salas de espectáculos de París, de Londres, de Berlín y de Bruselas para estar siempre a caza de las altas innovaciones artísticas que introducen los magos de la escena. Obras, actores, actrices, vestuario, decorados, reflectores, todo le interesa vivamente y por ello una noche aparece metido en un abrigo de astracán, ni más ni menos que en el corazón de la U. R. S. S., para asistir a los festivales teatrales de Moscú.

Diez días duraron estos festivales, en cuyo lapso se presentaron diez y seis espectáculos diversos: Ballet, ópera, drama, comedia, guignol, teatro judío, teatro gitano, teatro para adolescentes y teatro para niños. Fueron diez días que tuvieron la magia de Las Mil y Una Noches...

—"El teatro en Rusia soviética—murmuró Jacinto Benavente al regresar de la U. R. S. S.—es un teatro de bambalinas".

De bambalinas y algo más que eso, creo que el autor de "Los intereses creados" no presenció las representaciones del Teatro Realista de Okhlopkov, donde la ausencia de decorado es absoluta; leves indicios sugieren el ambiente, igual que en el teatro chino. Tampoco asistió a las noches de Meyerhold, quien suprimió la cortina y redujo a su mínima expresión los decorados y la utilería. Si Benavente hubiera visto cómo dirigen estos maestros del arte escénico, no hubiera hecho tal aseveración.

¡Claro!, la *mise en escene* en ciertas obras, inclusive las de vanguardia, tiene una importancia absoluta, tanta como la propia obra y tanta como la tiene el primer actor. Me acuerdo haber asistido en París a dos o tres representaciones del Teatro Kamerny de Moscú; me parece que vi la "Fedra" de Racine y "El amor bajo los olmos" de Eugenio O'Neill. En esta última pieza, Alejandro Tairoff, fundador y director de dicho Teatro, hizo construir una decoración de auténticos ladrillos, es decir, dentro del foro hizo un edificio, que facilitara la presentación de diversas fases de la obra. Tairoff, después de tantos años de haber estudiado las innovaciones de la *mise en scene*, es dueño de las más altas experiencias para montar una obra en estricta propiedad artística.

Alfredo Gómez de la Vega, noche a noche, en los vestíbulos de los grandes teatros soviéticos arrojaba la colilla de su rico y burgués "habano" para deleitarse en las maravillosas manifestaciones artísticas. Vió el Teatro Realista de Okhlopkov y asistió, como invitado de honor, a los ensayos de "El Torrente de Hierro", de Serafimovic. Habló con Meyerhold, creador de la Escuela Biomecánica, en la cual se enseña al actor a moverse rítmicamente en el tablado.

"Antes de cada movimiento volitivo—dice Meyerhold—hay otro movimiento contrario instintivo, que refuerza la acción. El alumno debe tener perfecta conciencia del por qué de cada movimiento; debe ser poseedor de una comprensión perfecta de lo que hace, armonizando el gesto, el ritmo, la mímica y la acrobacia..."

Después, Gómez de la Vega, presenció en el Teatro Judío una de las obras más interesantes: "El Muro de las Lamentaciones" y asistió a la representación de "La Vida Errante" en el pequeño Teatro Gitano. No faltó a las noches del Teatro de Arte, ni a la cita de la fastuosa "Princesa Turandot", en la sala del Teatro Vakhtangov...En fin,, una clara mañana, Alfredo Gómez de la Vega desembarca en la desaparecida Estación Colonia de esta capital, con un "habano" prendido entre los labios y guardando en sus maletas, arlequinadas por las etiquetas de mil hoteles, un espléndido cuaderno de notas de todo lo que vió durante los festivales teatrales de Moscú, notas que acaba de publicar en un bello libro, bello por su contenido, bello por su edición: *El Teatro en la U. R. S. S.*

El libro de Alfredo Gómez de la Vega no es un libro de crítica, ni de tesis, es puramente emocional, lleno de azoro y de ciega admiración, escrito con sencillez y con un raudal de sinceridad. Alfredo no oculta su deslumbramiento, al contrario, hace alarde de él. No es un libro doctoral, es una serie de referencias amables, llenas de frescura que se leen con la delicia con que se leyera una novela maravillosa o un cuento de hadas. Lo curioso es que "El Teatro en la U. R. S. S.", no está escrito para la gente de "máscara"; está hecho para espíritus selectos que sepan comprender el esfuerzo de un actor que ha ido con los ojos ávidos a contemplar las grandes innovaciones de arte escénico en la legendaria Rusia.

En español, no conozco un libro igual, ni por su calidad, ni por la pasión con que está escrito. Existe el de R. Fulop-Miller y J. Gregor, editado en 1931 por Gustavo Gili, Barcelona, libro frío, documental, que no tiene la fragancia que aletea en las ciento y tantas páginas del libro de Alfredo.

Topaze, se ha vuelto escritor. ¡Ojalá que su libro tenga tanto éxito como el negocio que hizo con las máquinas barredoras!

La palabra se vigila a sí misma

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá, julio 26 de 1938 =

Un gracioso episodio, sacado a luz de lo oscuro y profundo de los archivos por don Germán Arciniegas en su último libro, es el de la lucha verbal, ante los jueces, entre Calderones de Sogamoso y uno de los Valenzuelas de Ocaña, por una suma de pesos inferior a los ciento. Además de gracioso es sobremanera instructivo acerca de la mentalidad colombiana en materias de libertad de palabra. Las dos familias o sus representantes no luchaban por la prensa. Les daban salida a sus resentimientos por escrito en memoriales alzados por sus abogados ante el tribunal de Santafé, u oralmente en las declaraciones hechas y testimonios rendidos ante las autoridades judiciales y aministrativas del virreinato, o en sus conversaciones amistosas con las gentes de sus provincias. La suma exigida por uno de los litigantes no habría empobrecido a ninguno de ellos; pero a medida que la litis avanzaba y se extendía, los vocablos cercenaban la buena reputación de las partes y ponían en duda los claros orígenes de un lado, y la pura aunque humilde procedencia del otro. La libertad de expresarse estas gentes ante los jueces y el permiso de darle curso al rencor inveterado, las mantenía lejos de los peligros y consecuencias de la acción directa. Las armas fueron las palabras, y eran éstas usadas con tan desenvuelta amplitud, que por ellas se iba toda la vehemencia del sujeto. Las energías superfluas de los contendientes, las energías que a ellos les sobraban después de ejercer el comercio, la agricultura y la ganadería, de discutir con las esposas y reprender a los hijos, no sin azotar ocasionalmente a los esclavos, las dedicaban a inventar modos de agresión contra la parte adversa y a refrescar el vocabulario de las palabras y frases ofensivas.

No había prensa entonces, pero los jueces tal vez regocijadamente, toleraban que las partes difundiesen en términos agresivos, a lo largo de la competencia jurídica, la violencia de sus enemistades. El duelo no era de usanza en esa comunidad eminentemente cristiana, pero la lucha verbal no ponía fuera de la Iglesia a los competidores en esos combates de palabra, como no pone hoy a quienes defienden de lejos y por escrito los procederes bélicos de un Franco.

Esta manera de producirse en el uso del vocablo contra personas naturales o contra los gobiernos, está en la naturaleza y en los orígenes de la nacionalidad. En la vida de la república se ha visto un fenómeno semejante en las épocas de absoluta libertad de palabra. Las luchas verbales mueren por su propia virtud y a lo sumo tienen por causa el cambio de gobierno o la moralidad de las costumbres políticas. Fue ra el caso de duelos en tiempo de absoluta libertad de imprenta. Las restricciones extremas en el uso de la palabra hablada y escrita predispusieron siempre a los partidos a enrumbarse por las vías de hecho. La palabra se vigila a sí misma, señala rumbos al adversario y en sus momentos de mayor fervor y vehemencia sirve de escape, con el vituperio, a las fuerzas insociables del individuo, que de otra manera se harían sensibles en forma de hechos violentos.

En los tiempos ya históricos en que la ley coartaba entre nosotros el derecho de expresión regular del pensamiento para criticar la conducta de los gobernantes, la prensa solía desviarse de los cauces naturales y emplearse en la tarea de la denigración personal contra personas ajenas a las tareas de la administración pública. En esos tiempos fueron más frecuentes los duelos entre personas ofendidas en su honra. En ocasiones el duelo se ventilaba con pistolas en medio de la calle, no sin grave peligro para los transeuntes. Y los gobiernos de entonces, tan celosos de su reputación y tan severos guardianes de las prerrogativas del servidor público, miraban con indiferencia las luchas sobre asuntos privados. No había jue-

ces, como en tiempo de Calderones y Valenzuelas, que templasen el ardor de los combatientes, y, por otra parte, todo el vigor de los hombres públicos contrarios en lo político al gobierno existente que les negaba el derecho a la crítica de sus procederes y principios, encauzaban las fuerzas vivas de su partido hacia las reivindicaciones por medio de la fuerza.

En tiempos de absoluta libertad, la vida de este país gira dentro del orden. Es consustancial con su naturaleza la libertad del pensamiento hablado y escrito. Los excesos de palabra en la prensa, la violencia oral en las plazas públicas derrotan los propósitos de quienes se entregan a esas expansiones del alma. Leyendo o escuchando esas maravillosas creaciones de políticos mentalmente desocupados y exuberantes, el ciudadano desprevenido sonríe levemente y dice para su descanso: "Es un desagüe de eiergías superfluas", recordando el episodio de los Calderones y Valenzuelas en el siglo XVIII. Sólo que en este caso no hay juez superior que mantenga en los límites de lo tolerable a una de las partes en lucha. Ni hace falta. La opinión es el árbitro en estas ocasiones y el vocablo excesivo se juzga a sí mismo.

Esto es historia argentina...

El Gobierno de Buenos Aires me parece que vacilaba en el camino que debía seguir, y como he dicho antes, me había propuesto guardar la ciscunspección más grande. Hablábamos todos los días con el general Mitre y daba una opinión hoy y mañana otra. Sin embargo, yo no renunciaba a mi carácter de argentino en el trabajo que tenía que hacer.

El general Mitre otro día me propuso que nombraría ministro al señor Rawson, y yo dije que me parecía bien, pero agregué que el señor Rawson era muy decidido por la reunión de la República. Eso se ha de arreglar, me contestó.

Informé del caso al señor Rawson y dijo que aceptaría.

El señor Rawson, con una modestia poco común, me dijo: "¡Hombre, pero si yo no sé cómo se gobierna!".—Le daré una regla segura, le contesté: media firma o firma entera, *no hay más que hacer en el Gobierno, porque tiene usted a Lafuente atrás que le ha de decir: póngala aquí o allá.*

(Risas prolongadas).

Cito este rasgo para que lo recuerde.

Fue en efecto a hablar con el señor gobernador entonces, y le preguntó qué política era la que iba a seguirse, y el gobernador le contestó: eso lo arreglaremos, lo he propuesto a usted como ministro; pero el señor Rawson contestó: yo quisiera saber qué política había de seguirse, porque de eso depende mi aceptación.

En fin, no se entendieron y pasó no sé qué tiempo sin nombrarse el ministro, hasta que un día fui llamado por el gobernador a cierta hora del día a la oficina, y allí me encontré con don Pastor Obligado, que era conocido como tipo de los separatistas y que había sido llamado con el mismo objeto. El señor Obligado hizo lo mismo que el otro candidato: principió por preguntar qué política se iba a seguir.

—¡Hombre, eso se arreglará!

—No, este es el punto capital. Este es un acto que hace alto honor a la memoria del doctor Obligado. El doctor Obligado era lo más porteño, si puedo expresarme así, en sus ideas y en su educación: era abogado, era estanciero, rico, militar, todas esas calidades tenía. Mientras tanto, ese hombre le dijo al gobernador: no, entendámonos sobre esto, la experiencia que tenemos usted y yo del Gobierno nos muestra que no se puede fundar, porque nos cierran las puertas del Congreso: vamos y a balazos introduzcámonos. Eso se verá, se hará. —Bueno, contestó el doctor Obligado, entonces sí.

(De D. F. Sarmiento, en el segundo volumen de sus *Discursos Parlamentarios*, tomo XIX de sus *Obras*. Buenos Aires, 1914).

Las dos Españas

=De *El Tiempo*. Bogotá, 22 de julio de 1938 =

Mientras en la España de Franco, entre un círculo de generalotes largos como espaguetis napolitanos u obesos y gordiflones como las salchichas de Frankfort, se queman, ante la presencia de un pueblo sojuzgado y atónito, todos los libros que contienen ideas de libertad o resumen pensamientos de generosa cultura, en Madrid, la ciudad que ha presentado el espectáculo de más maravillosa potencia humana de los últimos siglos, se reintegra al conocimiento del hombre y a la admiración universal, la obra de la expedición botánica que dirigiera en el virreinato de la Nueva Granada don José Celestino Mutis y que permaneció desechada, olvidada y despreciada, por espacio de 150 años, en los polvosos archivos del suntuoso monasterio que fundó el segundo de los Felipes.

Los dibujos de la flora del antiguo virreynato, elaborados con una fidelidad admirable, mediante el titánico esfuerzo de verdaderos artistas que supieron captar e interpretar la nunca igualada sapiencia del inmortal gaditano, han sido dados a la estampa, con una consumada técnica litográfica, en la villa de Madrid en este año de gracia de 1938, mientras los aviones fascistas desgarran la placidez de su cielo; en tanto que las bocas de los cañones germanos escupen granadas de exterminio; simultáneamente con el sordo estertor de los agonizantes, con el angustioso alarido de los niños, de las mujeres y de los ancianos, que por centenares perecen todos los días, en virtud de la monstruosa capacidad asesina de los rebeldes.

José Celestino Mutis

No sólo admiración, cabal admiración, sino pasmo completo, resulta observar cómo esta España de la República reune tan espantable cualidad de grandeza, de poderío espiritual, tan cósmica e imponderable capacidad creadora, que le permita, en momentos en que ya palpa la inminente vecindad del total vencimiento, en que se ve rendida y mutilada, vejada, escarnecida, hollada por las botas germanas y pisada por patas de moros infieles, rescatar del olvido una de las obras más útiles para el conocimiento de la riqueza americana, para el descubrimiento de su poderío natural, y entregarla, limpia y exacta a la curiosidad de los hombres de ciencia.

El contraste que, con la sola enunciación de este hecho generoso se establece entre las dos Españas de hoy, no puede ser más acabado. En la España de Franco, se realiza un plagio grotesco y torpe del escrutinio que el barbero y el cura hicieron en los libros que para solaz de la inteligencia le malearon los sesos al Ingenioso Hidalgo. Y en la España de la República, sin darle un ardite de importancia a la tragedia que la cubre y la estrangula, se reproduce la obra de Mutis; se lucha por el progreso y la cultura del mundo.

"El farolito de la calle"

Farsa para guiñol

Por FERNANDO LUJAN

= *Colaboración*. San José de Costa Rica, setiembre de 1938 =

PERSONAJES:

Pulgarcito - Capirucho - El Magnate
El Policía - Hombres - Mujeres y Niños

ACTO UNICO

Escena I

(Una callejuela bajo el claro de luna. A la izquierda, un farolillo apagado. De pie, recostado en el poste, canta Pulgarcito)

PULGARCITO: (*Cantando*).
Luna, lunita blanca,
dicen que eres muy fría,
lo mismo que una manzana
que nadie se comería.

¡Ay... yayay!...

Luna, lunita verde,
quisiera una escalerilla
de viento, que no se quiebre,
para llegar a tu orilla.

¡Uy... yuyuy!...

Escena II

(Entra Capirucho por la Derecha)

CAPIRUCHO: Oye, ¿quién eres tú?
PULGARCITO: (*Sin darse por aludido*).
¡Uy... yuyuy!...
CAPIRUCHO: Me llamo Capirucho,
y tú, ¿cómo te llamas?
PULGARCITO: (*Siempre cantando*).
Luna, lunita blanca...
CAPIRUCHO: (*Molesto*).
¡Oiga, señor Caruso!
PULGARCITO: (*Indiferente, mirando al cielo*).
Yo ya no soy un hombre,
que soy una canción...

¡Ay... yayay!...

CAPIRUCHO: ¡Ooooh!
PULGARCITO: Luna, lunita blanca,
dicen que eres muy fría,
lo mismo que una manzana...
CAPIRUCHO: Oígame, señor,
yo también puedo cantar:

¡Que alumbre, que alumbre,!
oh Virgen de la lumbre!
PULGARCITO: ¡Que sí,
que no!
CAPIRUCHO: ¡La luz de este farol!
PULGARCITO: ¡Que sí,
que no!
CAPIRUCHO: ¡Y no tendríamos luz,
si nos vendieran sol!

Escena III

(Entra un Policía por la derecha)

POLICÍA: ¡Silencio!
No quiero más canción.
CAPIRUCHO: ¿Por qué razón, señor?
POLICÍA: Prohibido está cantar
canciones subversivas.
PULGARCITO: Señor, ¿qué cosa es subversiva?
POLICÍA: Esa canción prohibida.



La función de títeres

Cuadro de *E. Zak*

PULGARCITO: Señor, ¿le puedo cantar a la luna?
POLICÍA: Sí, puede cantarle a la luna.
CAPIRUCHO: Señor, ¿le puedo cantar al sol?
¡No,
POLICÍA: no señor!
PULGARCITO: (*Cantando*).
Lunita blanca, luna,
el gran Magnate quiere
hacer una fortuna,
vendiendo a tres por cuatro
los rayos de la luna.

(El farol se enciende y mata de un golpe eléctrico a Pulgarcito)

¡Ayyy!

CAPIRUCHO: (*Arrodillándose para escuchar el corazón de Pulgarcito*).
¡Está muerto, señor,
está muerto!
POLICÍA: (*Indiferente*).
Si está muerto: al cementerio!
¿Qué quiere que haga yo?
CAPIRUCHO: ¡Ooooh!...

Escena IV

(Entra el Magnate por la derecha)

EL MAGNATE: ¡Buenas noches, señores!
POLICÍA: ¡Buenas noches, caballero!
CAPIRUCHO: (*Malhumorado*).
Señor, quítese el sombrero,
aquí hay un hombre muerto.
EL MAGNATE: (*Descubriéndose*).
Muy bien.
Le mandaremos flores.
POLICÍA: Yo no podré, señor.
EL MAGNATE: Parece que no tienes
muy buenos sentimientos.
POLICÍA: Señor, muy al contrario.
Se trata del dinero,
mi sueldo es miserable.
EL MAGNATE: Pues yo te prestaré
siempre que pueda, ya lo sabes.
POLICÍA: Muchas gracias, señor,
usted es muy amable,
pero no puede ser.
EL MAGNATE: (*Dándole un billete*).
¡Vaya, qué desgano,
toma este billete!
POLICÍA: (*Recibiéndolo*).
Señor, no puede ser...
EL MAGNATE: Te lo regalo.
Pero llama al vecindario
con tu silbato.

(El Policía toca su silbato)

Escena V

(Entran Hombres, Mujeres, Niños por ambos lados)

CAPIRUCHO: ¡Quítense los sombreros,
aquí hay un hombre muerto!
EL MAGNATE: (*Hablando en voz alta*).
¡Señores, soy dueño de la Luz!
Y ya sabéis, yo vengo
a cobraros mi dinero.
TODOS: (*Con asombro*).
¡El dueño de la Luz!
CAPIRUCHO: ¡Ooooooh!...
EL MAGNATE: (*Se acerca con la mano extendida a cada uno de los presentes, cobrándoles los servicios de luz*).
Págame, tú,
y tú,
y tú,
y tú,
y tú...

(La mitad de las personas pagan, pero la otra mitad se niega por no tener dinero).

UNA MUJER: Yo no podré pagar, señor.
UN HOMBRE: Ni yo tampoco.
UN NIÑO: Ni yo.
OTRO: Ni yo.
EL MAGNATE: (*Enfurecido*).
¡Policía,
llévate a los morosos
a la cárcel!
POLICÍA: (*Apartando el grupo de los morosos*).
¡Sí, a la cárcel!
EL MAGNATE: (*Dirigiéndose a los que pagaron*).
Yo quiero más dinero.
¿Quién paga por el muerto?
CAPIRUCHO: ¡Oooooh!...
EL MAGNATE: (*Otra vez furioso*).
¡Policía!
POLICÍA: (*Que comenzaba a llevarse a los morosos*).
¡Señor!
EL MAGNATE: ¡Llevate a la Comisaría
también al muerto!
TODOS: ¡Ooooooooooh!...

Política sanitaria chilena

Por ALFONSO CAMPOS MENENDEZ

= *Envío del autor.* Santiago de Chile, julio de 1938 =

La nueva política sanitaria emprendida por el Ministerio de Salubridad y demás instituciones de previsión que tienen a su cargo en Chile la misión de vigilar la salud de sus habitantes, por sus grandes proyecciones técnicas, debe ser observada con especial interés en Costa Rica, país que ha realizado una provechosa labor en este sentido.

Al estudiar las tablas estadísticas, causa admiración notar cómo Costa Rica, que acusaba una elevada cifra de mortalidad infantil, ha logrado en menos de diez años reducirla a la mitad. El ahorro de vidas humanas que este promedio significa compensa ampliamente el mayor gasto de 0.75 de dólar que se hace sobre la suma de 0.25 que se empleaba en 1915, por habitante.

Desde el año de 1920, hasta la fecha, podemos marcar en Chile claramente las etapas por las que ha atravesado la política sanitaria. Hasta esa fecha, respondiendo a los clásicos principios sobre salubridad, los servicios sanitarios se basan sobre la práctica de la Beneficencia Pública, en primer lugar; y de la Asistencia Social, después. Al iniciar ese período se dicta una serie de leyes sociales que indican una nueva orientación en nuestra legislación del trabajo, entre ellas la que organizó la Caja de Seguro Obrero Obligatorio, estableciéndo un régimen de previsión financiera que asegurara al trabajador chileno contra los riesgos de enfermedad, invalidez, vejez y muerte. Pero esas medidas no fueron suficientes para remediar el pavoroso problema de la morbilidad, de la mortinatalidad y mortalidad que señalan nuestras estadísticas.

Era necesario concebir un plan de conjunto que orientase nuestros servicios médicos hacia la prevención de las enfermedades; hacia su tratamiento pre-clínico y precoz. Esta política fue iniciada por nuestra Caja de Seguro Obrero—institución que cuenta con más de un millón de imponentes—a partir de 1936, ampliando sus servicios hacia la protección de la Madre y el Niño, el desayuno escolar, a la atención de la mujer del asegurado y a la organización de campañas sanitarias y de propaganda higiénica, disponiendo de sus fondos para la construcción de viviendas baratas.

Pero lo más novedoso en materia social ha sido la Ley de Medicina Preventiva, recientemente aprobada por el Congreso, debido a la interesante iniciativa del Ministro de Salubridad, doctor Eduardo Cruz Coke. Es el primer esfuerzo legislativo que se hace en el mundo sobre esta materia, ya que sólo parcialmente la han implantado algunos países como EE. UU. en sus compañías de seguros y Rusia dentro de su régimen de medicina socializada.

Esta interesante experiencia no se realiza sobre toda la población, sino sobre los imponentes de las cincuenta cajas de previsión del país, y forma parte de un plan orgánico y metódico que se anuncia contemplará en todas sus fases nuestro estado sanitario.

Los medios de lucha que va a utilizar son: el examen de salud obligatorio con el objeto de descubrir la morbilidad real de la población que encuestas parciales han demostrado ser muy diferentes de la morbilidad estadística; y en segundo lugar, el reposo preventivo.

El examen de salud tratará de investigar sólo tres tipos de afecciones: sífilis, tuberculosis pulmonar y las enfermedades cardio-vasculares que por sí solas representan más del 50% de la morbilidad chilena, exceptuando aquella que se relaciona con la morbilidad infantil. Por otra parte, estas afecciones se caracterizan por ser fácilmente pesquisables.

Prescribe la ley como una de las medidas curativas la del reposo preventivo, que puede ser total o parcial, ya sea que se le exima de todo trabajo o sólo se le permita media jornada de labor. En ambas situaciones no dejará de percibir el mismo salario anterior al reposo, subsidio que se pagará de un fondo constituído por un aporte patronal de un 1% de los salarios de los obreros y empleados.

He ahí los principios de esta novedosa ley: examen de salud obligatoria, tratamiento médico gratuito, reposo preventivo parcial o total y subsidios equivalentes al jornal o sueldo a esos individuos sometidos a ese tratamiento.

Se corta de esta manera en forma valiente el círculo vicioso de nuestra salubridad atacando el mal en su raíz. Es en los países de pobre economía y por lo tanto, de bajos salarios, donde más se agudizan los problemas sanitarios derivados de la falta de medios adecuados para luchar contra las enfermedades. Y la solución encontrada representa un paso hacia adelante, que además de colocar a Chile a la cabeza de los países en lo que se refiere a política sanitaria, demuestra la honda preocupación de sus hombres por resolver sus más graves problemas sociales.

(El Policía se retira con los prisioneros por la izquierda, llevándose a Pulgarcito a rastras. El Magnate sale por la derecha, renegando entre dientes).

Escena VI

(Capirucho y el resto de los Hombres, Mujeres y Niños)

CAPIRUCHO: ¡No hay derecho, caballeros, no hay derecho!
¡Llevarse hasta los muertos!

TODOS: *(A coro)*.
¡No hay derecho!

UNA MUJER: ¡Amigos, debemos defender (nos

UN HOMBRE: Debemos: ¿pero cómo?

OTRA MUJER: Es hombre poderoso.

OTRO HOMBRE: Y cruel!

UN NIÑO: ¡Es dueño de la Luz!

CAPIRUCHO: *(Después de unos segundos de silencio)*.
¡Señores, atención!
Yo les propongo a ustedes comprar este farol.

TODOS: *(Sorprendidos)*.
¿Comprar ese farol?

CAPIRUCHO: Sí! Paguemos lo que vale...
Juntemos los dineros,
y el farolito de la calle
será nuestro, sólo nuestro!

UN HOMBRE: ¿Y si el señor dijera que no quiere venderlo?

CAPIRUCHO: A fuerza ha de querer si todos lo queremos.

TODOS: *(Depositando sus dineros en el sombrero de Capirucho)*.
¡Sí, muy bien, juntemos los (dineros

Escena VII

(Sale el Magnate por la derecha, enterado de los propósitos de Capirucho y sus compañeros)

EL MAGNATE: ¡No, facinerosos, facinerosos!...

CAPIRUCHO: *(Gesticulando)*.
Un momento. ¡Silencio!
¡Señor! Cuánto vale su fa- (rol?

EL MAGNATE: ¡No lo vendo, no lo vendo, mi farol no tiene precio!

CAPIRUCHO: *(Entregándole el sombrero con las monedas)*.
Toma lo que tenemos,
el Pueblo pone precio.

EL MAGNATE: *(Recibe las monedas y las cuenta)*.
¡No, no, no,
esto es un robo!

TODOS: *(Gritando)*.
¡Po...li...cííiaa!...
¡Po...li...cííiaa!...

Escena VIII

(Entra el Policía por la izquierda)

CAPIRUCHO: *(Señalando la puerta del teatro)*.
¡Condúcele a la puerta!

(El Policía, tomándolo por un brazo, le da tres golpes en la cabeza con la cachiporra)

TODOS: *(A coro)*.
¡¡Que salga y nunca vuelva!!

TELÓN

Carta alusiva...

(Viene de la página 351)

nido contradictorio, desarmonía evidente entre las tendencias y los hechos. Por esta razón no me extiendo más ahora. No llegaríamos a ninguna parte, ya que me vería obligado a repetir lo antes dicho con suficiente claridad. Y en esa inteligencia me prometo no volver sobre la carga.

Basta pues, mi estimado don Joaquín, de quitarle espacio y tiempo. Pero no sin terminar de complacerme, llamándome su colaborador muy cordial y afectísimo amigo,

OSCAR BARAHONA STREBER

Arturo Capdevila, un poeta que es profeta en su tierra

Por ARTURO MEJIA NIETO

= *Colaboración*. Buenos Aires, agosto de 1938 =

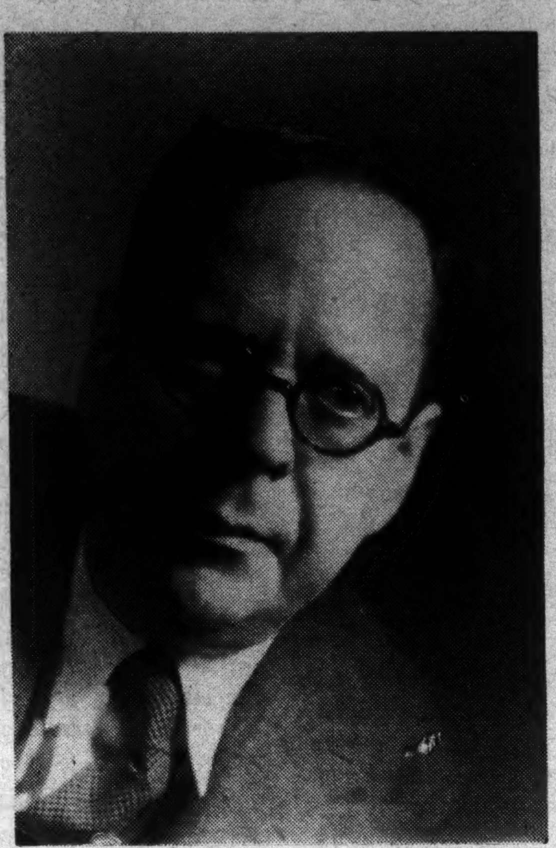
He comido, noches atrás, con Capdevila. Era una comida de escritores, auspiciada por el P. E. N. Club de Buenos Aires, para honrar al señor Ministro de Relaciones Exteriores, escritor él mismo. Hemos comido allí, en un extremo de la mesa. Le he dicho, entre trago y bocado: "Yo me estoy componiendo, a mi modo, una galería de escritores, particularmente argentinos, en un rincón del *Repertorio* de García Monge. Ud. no debe faltar, es de los de mi "galería". El poeta me miró con esa mirada escrutadora que le caracteriza, al través de los grandes lentes. Luego me dijo: "Hombre, encantado, es un honor"...

—No—le repliqué, no es un honor. Es un deber suyo, que contribuya con una "foto" ya que por allá se le conoce y se le aprecia tanto...

Y no mentí. Pienso ahora, si después de la muerte de Lugones que tanto hemos llorado, hay otro poeta argentino tan difundido en el resto de América como el autor de "Córdoba del Recuerdo". Por mi parte no creo. Y conste que, personalmente, soy un gran devoto de Fernández Moreno, tan sobrio, tan sugestivamente humano, pero poco o nada conocido en el resto de América quizás porque carece del vuelo lírico que tanto señala a Capdevila como un producto esencialmente de América. Hay en Fernández Moreno una ascendencia ranciamente española y pareciera que la elocuencia y la facundia verbal que tanto distingue a los poetas americanos, a él no le caracteriza. Precisamente por esta virtud yo le admiro a él y a Arévalo Martínez, ese otro gran poeta nuestro. Capdevila, por el contrario, es el literato de América. Pudo haber nacido en México o en Perú. Es con Ricardo Rojas, el escritor nacional que más siente a nuestro continente. En el medio argentino, tan calumniado por estar aquí "en crisis" el idioma español, Capdevila aparece para salvar el prestigio de su lengua y reinvindicar el de su patria. Lo cual, desde luego, es cosa que los mismos argentinos exageran. La gente culta conoce aquí nuestra lengua tanto o mejor que en nuestros otros países. Pero Capdevila se ha echado sobre los hombres la misión de defender el idioma de Cervantes: ha escrito libros (*Babel y el castellano*), ha dicho (en estos días) cosas terribles acerca del *voseo* en una conferencia en el edificio del gran diario "La Prensa". Finalmente, Enrique Banchs, el gran poeta, ha enmudecido. No podemos, pues, traerlo a la memoria.

No se puede andar muchos pasos e internarse en el campo de la literatura argentina, sin encontrar, al poco rato, con la presencia de este literato. Viene por línea materna y paterna de los líricos más castizos y más inspirados que ha producido la nobilísima y grande República Argentina. Nosotros, al instarlo a que visite los demás países nuestros, hemos tenido presente que en este poeta, en particular, glorificarían los admiradores de las letras americanas, a un típico producto, en alto relieve, de la lírica americana, rama lozana y tomada muy en cuenta desde antes de Rubén Darío, por los mejores críticos castellanos, llámense Marcelino Menéndez Pelayo o Cansinos-Assens.

Desde aquella época del "Poema del Nenúfar" o "Melpómene"—particularmente esta última realización lírica, plena de *pathos* e inspiración—Capdevila ha sido sobre todo, un



Arturo Capdevila
(1938)

poeta. El, sin embargo, hombre de su tiempo, ha pulsado muchas teclas, en general es un polígrafo. En ello ha seguido la tradición de Lugones, Sarmiento y Joaquín V. González, que dentro del cuadro de su materia legítima de literatos, fueron hombres de especulación variada. Así lo vemos una vez entusiasmado en la teoría del Georgismo, luego incorporado a un partido político, luego sociólogo, al pronto historiador, catedrático, y otra vez poeta.

En general, es en la poesía, en donde él encuentra un clima propicio para sentirse a sus anchas. Ya lo revela así su verso, siempre descubridor de su dón anímico de reproducir con imágenes hasta las más vulgares cosas o de idealizar lo real. Pero en general trátase de un escritor de cultura densa y poco común ductilidad mental. También en esto pareciera que le desvela el fantasma de Lugones de quien—rasgo verdaderamente elocuente es éste—Capdevila no desperdiciaba banquete o charla íntima para reconocerle su contribución loable a las letras patrias y en momentos en que—como siempre—los corríos rabiaban contra el autor de "Los Crepúsculos del Jardín". Este rasgo, creo yo, habla de la fortaleza moral de Arturo Capdevila y yo lo señalo porque nunca supe que alguien lo hiciera antes. Defender a un ausente fue patrimonio de altura y yo doy fe de tal conducta en cuanto a Capdevila con respecto a Leopoldo Lugones.

A propósito de Lugones—y al hablar de Capdevila me veo inconscientemente obligado a recordar al poeta que acaba de morir—ha declarado Alberto Zum Felde, en un trabajo magistral, seguramente el mejor de los sesenta escritores que en el útimo número de "Nosotros" rendimos homenaje al gran escritor desaparecido: "En último análisis, creo que ha sido la suya una poesía literaria; y que es de elaboración literaria su belleza. Literario, en este caso, quiere decir más técnico que mágico, y más sapiente que inspirado. Cultura y técnica son, hasta cierto punto, necesarias al artista; pero si predominan sobre lo intuitivo y lo emocional, literatizan demasiado el producto". Es posible que estas sabias palabras nos retrotraigan a Capdevila y que en éste, particularmente lo posterior a "Melpómene", exista mucho que es o puede ser atribuído al propio poeta que comentamos. Pero quizás en menor grado, porque de Capdevila hay poesías que se quedan en la memoria, mientras que de Lugones muy raramente...

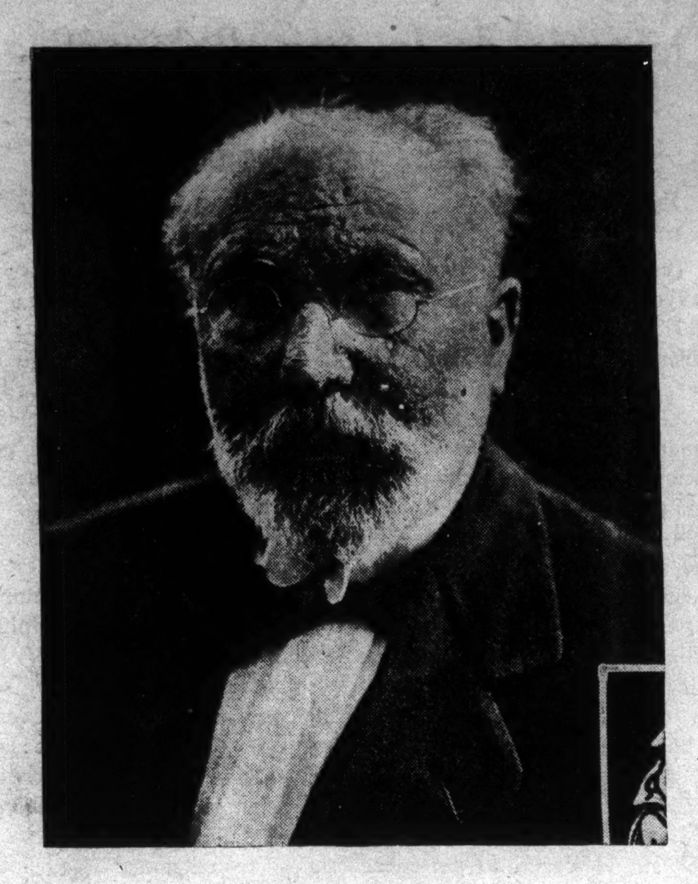
Arturo Capdevila tiene muchos títulos para que su gran patria, la República Argentina, sepa reconocer su aporte. En primer lugar, poquisísimos escritores—seguramente ningún poeta—labora tanto y tan bien como el autor de "La Dulce Patria" y "El Libro de la Noche". Verdad es que más de alguno dirá que en la contínua colaboración periodística, mucha maravilla del innegable poeta que en él hay, se va quedando prendida, hecha jirones, como una vestimenta de seda que se use diariamente en la vulgaridad de la vida callejera. Luego el poeta de "La Fiesta del Mundo" es un animador de recia personalidad, lo solicitan por igual las sociedades de escritores que las academias de Historia o que los comités políticos. Lástima grande que él ponga oídos a muchas de estas solicitudes ¡que en esto, quizás por años, no se parece a los de la primera hornada: Lugones, Rojas, Larreta, hombres apartados en sus casonas! Pero esto demuestra que Arturo Capdevila es un positivo valor para la sociedad ultramoderna en que vive: como poeta y escritor, como catedrático, como historiador, como sociológo y hasta le queda tiempo para darnos amenísimas charlas radiotelefónicas—bueno es reconocer que Capdevila suele ser un amenísimo charlista de sobremesa y conocidos son sus discursos plagados de anécdotas siempre dichas con personal entonación y un humor del cual carecen la mayoría de los escritores argentinos.

Finalmente, para no ser menos, ha sido al teatro y a menudo con éxito. Ha escrito obras en verso para ser representadas. Es autor de biografías como ese castizo y bien realizado libro; "La Santa Furia del padre Castañeda", y hasta ha escrito obras pedagógicas. Pero dentro de todo lo que él hace, sea la política, la historia o la educación, es poeta. Y uno de los poetas argentinos, acaso el único, que de veras siente la América continental como paisaje físico, como problema de almas y como cultura nueva. Por nuestra parte, nuestra gratitud de centroamericanos será muy grande con el aporte de "El Popol-vuh para todos" (edición guatemalteca, ilustrada bajo los auspicios de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala).

Esto mismo pinta el interés nobilísimo por la cultura histórica de un poeta que en este momento acaba de publicar un ramillete de poemas históricos que se intitulan: "Los Romances Argentinos" y que al mismo tiempo se desvela y escribe libros y pronuncia conferencias acerca de temas de filología. Es, pues, una fuerza en marcha. Pocos o ninguno de su generación tan laborioso. Es una figura ejemplar y creo, dentro de lo posible, que es profeta en su tierra. Y al llamarlo escritor americano, conviene notar que carece de énfasis declamatorio y retórica ampulosa. Un hombre de su saber y talento, no podría participar de lo que Groussac llamó: "floripondio".

Un proyecto de Ley y una moción del Dr. Alfredo L. Palacios

= *Envío del autor.* Buenos Aires. Del *Diario de Sesiones* de la Cámara de Senadores de la Nación, Buenos Aires, julio 12 y julio 20 de 1938 =



Pedro B. Palacios
(Almafuerte)

Recopilación e impresión de las obras de Almafuerte

—Se lee:

Artículo 1º—Encárgase a la Universidad Nacional de La Plata la recopilación e impresión de las obras publicadas e inéditas del poeta Pedro B. Palacios (Almafuerte).

Artículo 2º—La publicación se denominará: Obras completas *de Almafuerte. Edición ordenada por el Congreso de la Nación.*

Artículo 3º—El Poder Ejecutivo entregará de rentas generales a la Universidad Nacional de La Plata, a medida que ésta lo requiera, a los fines de la presente ley y con imputación a la misma, hasta la suma de pesos 20,000 moneda nacional.

Artículo 4º—La distribución y administración de las obras, se efectuará por intermedio de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.

Artículo 5º—La Universidad Nacional de La Plata se reservará el número de ejemplares necesarios para ser distribuídos entre sus facultades, bibliotecas y demás instituciones públicas que estime conveniente.

Artículo 6º—Comuníquese, etc.

ALFREDO L. PALACIOS

Sr. Palacios.—Pido la palabra.

Después de la presentación de dos proyectos relativos a frigoríficos que, sin duda, son muy necesarios para el desenvolvimiento material del país, y del pedido de informes que acaba de ser aprobado, yo creo que no quedará mal este proyecto que traigo a la consideración de los señores senadores y que se refiere, exclusivamente, a cosas del espíritu.

Tenemos jerarquía en el mundo no sólo por la carne de los novillos, la riqueza de los cereales o los millones acumulados, sino sobre todo, por nuestros blasones muy limpios y por el espíritu de los grandes, que nos marcaron el camino. Tengo, pues, la certeza de que mis distinguidos e ilustrados colegas, doctores Serrey, Landaburu y Eguiguren, cuya c u l t u r a literaria es notoria, me acompañarán con su voto en esta oportunidad.

Por mi proyecto, se dispone que el Poder Ejecutivo entregue de rentas generales la suma de $ 20.000 para que la Universidad Nacional de La Plata recopile e imprima las obras publicadas e inéditas de Almafuerte, efectuándose la distribución y administración por intermedio de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.

No es la primera vez que en este recinto se ha hablado de Almafuerte. Lo hizo en otra oportunidad, un gran senador, el doctor Joaquín V. González, quien dijo que Almafuerte "es el espíritu poético más potente, por la índole exclusiva y por el tono propio de su estro poético", agregando: "Almafuerte es como un florecimiento del alma del pueblo; va delante de él hacia lo ignoto, y llega hasta penetrar en esa región iluminada que los poetas religiosos de la India llaman el Nirvana, hacia donde sólo se llega viajando "entre los mil pétalos del loto", según la mística expresión de Kabir".

Si demoráramos la s a n c i ó n de este proyecto se nos podría acusar de ingratitud. La ingratitud, señor presidente, desluce y mancilla cualquier vida humana, donde proyecta su sombra, pero si la ingratitud es de una nación, se agiganta proporcionalmente a la grandeza del país que incurre en ella y a la línea ascendente de la parábola que marque su destino.

Es verdad que en este caso se trata de un poeta auténtico, de inteligencia intuitiva y vista interior, y que según lo refiere Schiller, cuando Zeus ordenó que se repartiera el mundo entre los hombres y fueron convocados por Hermes los mortales, llegaron tarde los poetas y sólo quedó para ellos el infinito azul del firmamento. Y esto es tan exacto en la realidad, tratándose de este verdadero poeta, que rige aún para los dones espirituales que pudieran otorgársele después de su muerte.

Parece que Almafuerte lo hubiera presentido, al decir en un instante de amargura:

a mí nadie me amó sobre la vida,
ni nadie me honrará después de muerto

Nuestro gran Almafuerte es un poeta de índole metafísica y de carácter ético y apostólico. Ajeno a los cenáculos literarios que miró con indiferencia, no es un poeta del vulgo, sino del pueblo. No es poeta de música verbal; no es el artífice de la frase danunziana; es el gran espíritu de amplitud humana y generosa; el profético anunciador de valores eternos. Sólo siente al hombre; ni adivina ni admira a la Naturaleza que carece de voluntad y de amor y que permanece indiferente ante las lágrimas de los hombres.

La esencia de su poesía es universal y permanente. Y no obstante, ha ensalzado a su país, como no lo ha hecho ningún otro poeta, tanto en sus discursos y "Milongas Clásicas", como en su magistral poesía "La Sombra de la Patria", que es una llamarada de fe.

Sus "Evangélicas" expresan una filosofía áspera, pero vibrante de bondad. En "El Misionero", el poeta, alma atormentada por el dolor, el amor y la esperanza, vive agitado por todas las pasiones generosas, como una selva por todas las tempestades. Pero tuvo dulces vibraciones en "El Cantar de los Cantares". En la boca de este león, que es bíblico, como el otro, también se encontró la miel.

Almafuerte vivió en la más absoluta miseria. No tenía donde reposar su cabeza. Renunció a las glorias del mundo, para "sembrar, también, abecedario, donde mismo se siembran los trigales".

Se ha dicho, con razón, que la América del Norte, no puede humillarnos con la inmensidad de su Walt Whitman porque nosotros lo tenemos más alto y más viril. Nuestro Walt Whitman, es Almafuerte, la más recia contextura de poeta que haya nacido jamás, bajo cielos de América.

El dolor multitudinario fue su propio dolor; amó a los oprimidos, a los perseguidos; vivió para ellos y murió entre ellos.

Este poeta de acción educativa y apostólica, que enalteció la gloria literaria de nuestro país, ha muerto hace más de 20 años y aun no se le ha tributado el homenaje de editar sus obras. Es lo que me propongo con este proyecto para cuya sanción solicito el voto de mis colegas.

Y espero muy pronto oír la palabra elocuente del señor senador Suárez Lago, presidente de la comisión que estudiará este asunto, ratificando mis expresiones con el despacho favorable. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! en las bancas*).

Sr. Presidente.—Pasará a la Comisión de Peticiones y Poderes.

Condonación de la deuda del Paraguay por la Guerra de la Triple Alianza

—Se lee:

El Honorable Senado de la Nación, vería con agrado que el Poder Ejecutivo, en homenaje a la solidaridad de los pueblos iberoamericanos, inicie gestiones con el Gobierno del Brasil, a fin de realizar, de común acuerdo, la condonación de la deuda del Paraguay, procedente de los gastos de la guerra llamada de la Triple Alianza.

ALFREDO L. PALACIOS

Sr. Palacios.—El 28 de julio de 1932, cuando se anunciaba que los ejércitos bolivianos y paraguayos avanzaban sobre la frontera, mientras una enorme angustia invadía todos los corazones en el Continente, este alto Cuerpo aprobó sobre tablas y por unanimidad una minuta que expresaba sus anhelos por el mantenimiento de la paz y la cordialidad entre los pueblos de América.

Dije, entonces, que la dilatada extensión de nuestros países, casi despoblados, hacía absurda y criminal la lucha de los pueblos hermanos por la tierra. La solución del problema estaba en dividirla entre los hombres, para hacerla fecunda por el esfuerzo de todos, y en beneficio de todos.

(*Pasa a la página 348*)

Después de la paz diplomática, paz democrática

Por HAYA DE LA TORRE

= *Colaboración*. Incahuasi, Perú, julio 28 de 1938 =

El Tratado de Paz boliviano-paraguayo ha sido jubilosamente recibido en Indoamérica. Ha sabido muy bien a nuestros pueblos que sea por fin en una ciudad de la Patria Grande y no en Washington donde estos asuntos se ventilen y solucionen. Nuestra Buenos Aires —sintámosla indoamericanamente nuestra—, ha ganado así un blasón que no pertenece a la heráldica de la conquista ni se lo dió rey alguno. Porque son sus atributos los de inteligencia y de fraternidad, que es decir civilización, y porque simbolizan convivencia libre de pueblos, que es decir democracia.

Hay, pues, razón de sobra para enorgullecerse y alegrarse extendiendo a todo el Continente la emoción de esta victoria que pertenece en primer término al hermano pueblo argentino. A él, que a pesar de su cosmopolitismo y de su aparente indiferencia por lo que a los demás estados indoamericanos atañe, se siente cerca de ellos y sabe estremecerse quizá con mayor calor solidario que otros, por sus dolores, por sus angustias y por sus esperanzas. No está de más subrayarlo aquí: los argentinos no son lo que una impresión superficial y tal vez generalizada de algunos de sus *porteños* europeizados y arrogantes pueda dar al forastero. Cuando hace algunos años crucé al sesgo la tierra de Belgrano entrando por la región de Jujuy, Salta y Tucumán para llegar a Córdoba, aprendí a conocer a la Argentina indoamericana donde todavía vive en la lengua, en las almas y en los cantos la memoria imperial de los Incas confederadores de pueblos. Y esa memoria que ambienta y guarda el paisaje serrano custodiado y enaltecido por los estribos y contrafuertes de los Andes comunes es Indoamérica: la Indoamérica telúrica y espiritualmente nuestra; la de todos, sin preeminencias ni soluciones de continuidad. De allí fluye hacia las pampas la Argentina que no se aleja de nosotros a pesar de los afanes colonialistas de Europa y de los snobismos egoístas y equivocadamente patrióticos de los que han olvidado que la libertad que juró el Congreso de Tucumán fue para "las Provincias Unidas de Sudamérica".

Y hecho esta digresión, sobre la que he de volver alguna vez, debo explicar por qué satisface que no sea en Washington que nuestras diferencias internas se resuelvan. Así vamos saliendo del plano de minoría y de responsabilidad incipiente impuestas por el extraño tutelaje y la intervención foránea. Porque nos liberamos un tanto, con estos pasos eficaces, de aquel panamericanismo desigual que con cada querella nuestra ganó para los Estados Unidos del Norte en suficiencia y predominio.

Hay además otra ventaja. La de conseguir por este ensayo de abocarnos el manejo de nuestros propios asuntos, una cura quizás definitiva del complejo de inferioridad colectivo que nos ha hecho pensar siempre que sólo "los gringos" tienen poder para ponernos en paz; porque sólo ellos lo saben y lo pueden todo. Yo sé bien que "los gringos" han participado en el arreglo de Buenos Aires pero ya en otro plano: como valiosos consejeros, acaso como velados determinantes, pero, de todos modos, como cooperadores bien intencionados de la nueva política de Mr. Roosevelt. Su intervención, sin embargo, ha perdido esa ostensible función patronal que devino pesadamente ineludible en cada pleito interno de Indoamérica, hasta que los chilenos la rechazaron con criollísima violencia en el fracasado plebiscito de Tacna y Arica en 1926.



Barcos en el lago Titicaca

Madera de Federico R. Franke

Antes de ahora, el arreglo Perú-colombiano en Río de Janeiro señaló un triunfo de la responsabilidad indoamericana para solucionar definitivamente sus controversias; libre ya de extranjeras influencias. Pero el suceso de Buenos Aires es una confirmación plena y de veras estimulante de nuestra capacidad para gobernarnos continentalmente y hallar nuestros propios medios de vivir en paz.

Paz asegurada, pero in completa todavía

Sólo quedan, como recelosos diferendos de importancia, dos asuntos más: En Centroamérica, una rencilla de fronteras—obstáculo parroquial—para que cinco pequeñas repúblicas alcancen la categoría de una sola, grande y soberana como ya lo fue—, y, más al Sur, la vieja disputa de límites entre el Perú y el Ecuador.

En este último asunto, los apristas peruanos hemos planteado dos condiciones indispensables para obtener un arreglo satisfactorio, justo y perdurable: que abandonemos la actitud vergozante de ir a prosternarnos a Washington para solucionar una disputa que, ya directamente o por acción arbitral sólo en Indoamérica y entre indoamericanos podría cumplirse, aquí, en nuestro propio suelo. Y otra condición: que el arreglo se realice por gobiernos responsables en los dos países interesados; vale decir por gobiernos libremente elegidos que cuenten, además, con una representación popular auténtica en congresos soberanos. En otras palabras, queremos soluciones perdurables, que no dejen insatisfacciones y acrimonias por deficiencia de procedimiento y por usurpación de funciones en los métodos empleados para alcanzarlos. Y queremos esto porque somos democráticos y, por ende, opuestos a toda prestidigitación y a todo ocultismo en negocios de trascendencia histórica que no pueden escamotearse a la opinión pública.

No hay fraternidad sin democracia

Ciertamente, no la hay, no puede haberla en Indoamérica donde nuestro afán debe dirigirse a la afirmación superada del republicanismo y no al retroceso hacia los brutales regímenes despóticos. Cuando un gobierno hace la guerra o la paz a espaldas de sus pueblos la guerra es derrota y la paz es discordia. Y así como la guerra necesita de la ayuda de todos, también lo requiere la paz. Verdad es que la guerra demanda un concurso más inmediato y actual, más premioso y contingente. Pero la paz que no es impuesta sino espontánea y constructiva, exige consenso unánime—o mayoritario que es vigencia de democracia—, para hacerla perenne.

Y esto último anhelamos los apristas: paz definitiva, sin rencores oscuros ni amenazas escondidas. Paz franca, libre, que no es tregua circunstancial para renovación de luchas. Paz que sólo puede ganarse sintiéndola y realizándola democráticamente.

Por eso la tarea inmediata para los pueblos indoamericanos es respaldar la paz diplomática con la paz democrática. Porque si la guerra o los meros recelos entre dos estados nuestros dan motivación para que los otros intervengan,—como acaba de ocurrir entre Bolivia y Pa-



Carreta en el Chaco

raguay—, esa intervención debe extenderse a las guerras internas, que son tan crueles como las otras, aunque más taimadas y más sórdidas. Y guerra dan a sus pueblos todos los tiranos. Guerra desigual y bárbara en que las armas de un lado y el pueblo indefenso del otro hacen perder a la contienda hasta la gallardía de las otras guerras en que los adversarios batallan en igualdad de condiciones. La tiranía es una guerra de masacre. Es el progromo. Es el ahogamiento en sangre de los derechos jurídicos y humanos de un pueblo acorralado. Por eso las colectividades que la sufren alcanzan con el horror de la persecución despiadada la suprema categoría de mártires.

Y esto no es paz. Donde haya una tiranía no puede haberla. Lograrla integralmente es función de democracia. Sólo cuando en la conciencia nacional indoamericana se afirme y actúe la convicción de que mientras exista un despotismo en nuestros pueblos, hay guerra y guerra cruel, podremos proclamar como verdad que la paz impera en este lado del mundo.

Una voz que estuvo bien

Cuando al firmarse el Tratado de Buenos Aires se dirigió a la juventud indoamericana desde la radio del Palacio de San Martín el canciller paraguayo señor Baez, pareció insólito que no mencionara ya el acontecimiento que motivaba su discurso. El señor Baez no quiso perder tiempo en reiteraciones jubilosas por la reconciliación sellada. Dirigiéndose a las nuevas generaciones de nuestro Continente dijo que era urgente consolidar la democracia, que sólo por gobiernos libremente elegidos "por el sufragio efectivo", la paz será verdad estable en nuestros pueblos. Y puso mucho énfasis en decirlo, no sé si con estas mismas palabras: "Si no hay libertades democráticas no habrá paz verdadera. No la habrá si hay explotación social, si hay injusticia política y económica".

Y esa voz estuvo bien. Era la que los pueblos indoamericanos deseaban escuchar en esa gran hora de fraternidad continental. Ella nos señaló el paso que aún falta: acabar con el dolor y con la sangre de las guerras sin batallas que los tiranos imponen a sus pueblos; que no es dolor distinto ni sangre diferente de los que exigió a Paraguay y Bolivia la Guerra del Chaco. Y para acabar con ellos, Indoamérica debe unirse y exigir que haya paz en todos los pueblos donde los caprichos de los déspotas causan dolor y vierten sangre, sojuzgan y atropellan.

Como peruano y como aprista aquellas palabras me parecieron el recuerdo solidariamente generoso de los que ya han conseguido acabar con una guerra para los que la sufrimos todavía, sin declaraciones, ni noticias, sin órdenes del día ni siquiera listas de víctimas.

Y me he preguntado como peruano y como aprista: ¿No cumplirán ahora los pueblos hermanos de Indoamérica, su deber alto y glorioso de exigir francamente que en las tierras ensangrentadas aún por la tiranía haya también paz?

Criaturas de Unamuno: Elvira

Por *JOSE LUIS SANCHEZ TRINCADO*

= *Colaboración*. Barcelona, 1938 =

El 27 de noviembre de 1920, aparece en Madrid, en la publicación semanal "La Novela Corta", *Tulio Montalbán y Julio Macedo,* novela inédita de Miguel de Unamuno. La narración es breve, casi toda ella dialogada. El escenario físico es una isla. El mar y la isla son, más que figuras escenográficas, también personajes. En las novelas de don Miguel el paisaje apenas apunta: pero cuando se le señala, no se resigna a quedarse al fondo: se adelanta y comienza a actuar. Todas las cosas que entran en las páginas del maestro, son animadas por el portentoso espíritu de don Miguel. El mar, la isla están en la novela corta de don Miguel desempeñando su papel: no accesorio sino substancial; si no, no estarían. No hay nada que sobre entre los elementos de la novelística de Unamuno: no hay en ella literatura. Sus personajes viven, hablan, luchan. El mar pone cerco a los personajes de *Tulio Montalbán y Julio Macedo* y contiende con ellos. Cuando don Miguel escenifica su obra, para lo cual únicamente tiene que encuadrarla brevemente en una sencilla técnica teatral, trasladando los diálogos casi íntegramente y distribuyéndolos en cuatro actos, señala como un personaje más del drama, éste: la mar.

El tránsito de la novela al drama ha sido fácil y natural. Don Miguel mismo ha escenificado su obra. *La tía Tula; Abel Sánchez, Dos madres,* están también dialogadas: bastaría fragmentar la serpentina de las conversaciones. Quizá resultasen teatro largo. Toda la obra de creación literaria—drama y novela—de don Miguel es escenificable y representable. (Hasta su teatro). Vienen a ser un conjunto, (una familia de temas, temas de la familia, de los padres, hijos y hermanos) algo así como esa Oretana que es *La Celestina.*

Tulio Montalbán y Julio Macedo convertido en drama en cuatro actos se estrenó en Madrid en el Teatro Español en 1930, con Isabel Barrón; en 8-marzo-1930 aparece impresa en "El Teatro Moderno". Se titula *Sombras de sueño.*

En *Sombras de sueño* hay dos Elviras, no sólo diferentes sino contrapuestas. Elvira, hija de don Juan Manuel de Solórzano, que pudo ser mujer de Tulio Montalbán cuando éste se llamó Julio Macedo.

La figura de Tulio Montalbán ha sido sencillamente trazada en las páginas de esta novela-drama. "Había nacido y criádose en una pequeña república americana sometida al rapaz predominio de una fuerte potencia vecina... Enamorándose perdidamente de una Elvira y siendo aún muy mozo, casi un niño, a los diez y ocho años, casóse con ella... La muerte de su Elvira (un año después) le sumergió en una desenfrenada desesperación". El padre de ella, su suegro, cuenta aquí cómo temieron que acabáse a propia mano violenta con su vida. "Bien es verdad que muchas veces le oí hablar a mi pobre hija Elvira del fondo melancólico y aún misantrópico de su marido y de cómo le había oído decir que si aquel temprano amor no le salva, apegándole a la vida, habría acabado, sin saber por qué, suicidándose". Lo que le salvó del suicidio por desesperación al viudo de Elvira Jacquetot, fue el amor de su patria. Buscando alimento al fuego que le consumía el corazón, paró mientes en la postración civil de su patria, de la pequeña República en que quiso crear una familia, y se lanzó a redimirla, a emanciparla. Levantó bandera contra los opresores, declaró la guerra a los goberantes mediatizados, abyectos servidores de la vecina potencia opresora, y se propuso hacer a su patria, patria de verdad y no sólo ficción de ello, de hecho y no de derecho solamente, independiente. La campaña fue una sucesión de heroicos hechos de armas..."

Tulio Montalbán es uno de esos suicidas de nacimiento, como Larra. Larra se suicidó, viudo también de una y otra—la suya y la ajena—mujeres; divorciado en vida y de la vida de entonces, incapaz, incapacitado por la melancolía temperamental de adaptarse y de lograr adaptársela a él. El genio, capaz de adaptar deviene educador: como Unamuno, que adaptó su España a su don Miguel. Larra se agotó en un periodismo hazañoso, como Montalbán en su hazaña histórica, de crónica, de periódico. (El reportaje y la guerrilla).

Bie claro queda que Tulio Montalbán había de suicidarse alguna vez. Sublimó su melancolía ayudando a su patria. Pero tras de este esfuerzo concentrado se agotó y volvió a ponerse en esa constante huída de sí mismo, característica del suicida en potencia. La crónica de Jacquetot, su suegro, le dió por muerto y Tulio Montalbán urdió la novela de su muerte, para vivir huído y desconocido, a solas.

Elvira de Solórzano, hija de un historiador, vive con él recluida en la isla y como él "aislotados", viviendo entre libros, frente al mar, soñando. Conoce la historia de Tulio Montalbán descrita por el otro historiador, padre de la otra Elvira, y se enamora de este personaje con esa candidez de las muchachas que sueñan en el protagonista de una película romántica. Elvira de Solórzano es una mujer culta y soñadora: una quijotesa. Don Miguel la condena por el delito de soñar, por el de pensar, por el de sentir la historia.

Un día aparece Tulio Montalbán en la isla. Se hace llamar Julio Macedo. Ha roto con su pasado: odia su personaje. Tulio Macedo siente rabia y rencor por Tulio Montalbán a quien creía haber enterrado para siempre en tierras de América y sepultado en las páginas de un libro de historia. Pero Elvira de Solórzano le reconoce y le arranca su secreto. El hombre Macedo cree encontrar en Elvira a la otra Elvira que perdió. Pero ésta Elvira está enamorada del personaje, de Montalbán, del rival de Macedo. Las dos Elviras frente a frente en la memoria del hombre, constituyen un problema insolucionable. El hombre que siente su sombra como rival, frente a frente, están el uno con una Elvira, ya irremisiblemente muerta; ante esta Elvira, el otro, irremisiblemente condenado. Este es el enorme drama de los personajes de *Sombras de sueño.*

Macedo, el anterior y posterior al personaje, el de la Elvira Jacquetot, condena a la otra Elvira que ahora tiene delante por letrada y soñadora:

—*Esta voz suena a libro, a papel... Cuando tú me hablas de tu amor parece que recitas, parece una lección bien aprendida... Ella no me habló de su amor nunca... ella me envolvía contra su pecho con su silencio... Ni sé si aprendió a leer... Y apenas si hablaba... balbucía... Era verdad y tu mentira...*

La mujer madre, analfabeta, madre de su esposo como tantas otras mujeres de Unamuno, queda revalidada en las preferencias de este misántropo Montalbán con vocación

de niño. Y castigada queda Elvira de Solórzano que ha invalidado sus sueños por el hecho de soñarlos, no sólo para que vengan a formar su futuro sino que se puede pensar superticiosamente que con ellos provocó un futuro diametralmente opuesto. Elvira conoce a su héroe pero su héroe la niega.

Porque Tulio Montalbán empieza por negarse a sí mismo. Cuando este hombre se subleva contra su personaje y encuentra que el personaje es indestructible, porque ha sido ya registrado en la memoria de los historiadores que se bisbisearán uno a otro, libro a libro y siglo a siglo, las consignas que constituyen el recuerdo del hombre sobre la tierra, cuando reconoce que el personaje y el hombre son incompatibles y que aquel que ya no puede ser suprimido, encuentra por fin aquella razón buscada desde un principio, en su sin-razón, para suicidarse: se suicida por odio a sí mismo—no hay nunca otra causa de suicidio—se divorcia no sólo de esta segunda Elvira que le propone la vuelta al héroe, simplemente la fidelidad al héroe, la fidelidad a la razón, a la historia, sino que se divorcia de sí mismo y dándole la razón a su historia se hunde definitivamente, sin resucitar.

La postura antihistórica del hombre y la rivalidad del hombre con su sombra son temas unamunianos de larga discriminación. Enlazarían con la propio ahistoricismo de la concepción del hombre en don Miguel y con el tema de la envidia extensamente descrito en los dramas del maestro.

Las dos Elviras riñen, una larga batalla ante este hombre que riñó—¿por qué?—con su pasado. Y la Elvira que aparece en la escena, en la escena de la isla, queda un poco calumniada por el náufrago. ¿Qué culpa tiene ella de ayudarse a soñar en su forzada reclusión, fuera de la vida, entre libros y frente al mar? (*—Si la mar era su margarita y las olas sus hojas.*) Sueña en el hombre del libro y en el hombre del mar, del mar de la historia, pero éste pronuncia su sentencia inapelable: *—Siempre hay mal en enamorarse de un ente de ficción, de un fantasma...* Y más tarde:— *Todo tu empeño fué conocer mi pasado cuando yo venía huyendo de él. El corazón se te ha secado en el aislamiento y entre estos libros.* Como si la mujer de don Quijote se suicidase porque la soñaron Dulcinea y no Aldonza). *No hay más que un solo amor verdadero... el primero... el que nació de la niñez... el que un hombre virgen cobra a una virgen... Y mi Elvira, señorita, fue virgen... virgen de hombres y de libros...*

He aquí el concepto del matrimonio católico patentizado muchas veces en la obra de don Miguel. Su elogio de la incultura de la primera Elvira coincide con el sentido del ensayo de su discípulo José Bergamín titulado *Decadencia del analfabetismo. Disparadero español.* Tomo I.) Es un teatro por tanto anti romántico el de don Miguel, aunque esté envuelto en un lenguaje poético y un ambiente patético. "Construido en escenas que confrontan directamente con los caracteres del drama—dijo Díez Canedo con motivo de su estreno—sin episodios que lo alarguen y ornamenten; desdeñoso de habilidades y lanzado desde las primeras palabras a lo esencial del tema, *Sombras de sueño*—que esto son en suma los personajes y así lo expresa el héroe—tiene una grandeza que no puede menos de resaltar ante un auditorio atento: la adusta grandeza de todos los dramas de Unamuno que no son espectáculos de pasatiempo sino severas creaciones en que las ideas se vuelven sentimientos y los sentimientos ideas. El hombre no vive sólo en el corazón; pero sin el corazón no puede vivir".

A pesar de esta fórmula, la novela-drama es, como decíamos, por antihistoricista, antirromántica: de Unamuno dijo el joven ensayista Izquierdo Ortega: "Su ojo sólo enfoca lo eterno, lo de siempre, cuando en realidad lo eterno se dibuja en lo que pasa" Valbuena Prat, catedrático en la Universidad de Barcelona, incurre en un leve error al hablar de esta obra: "Sin el destierro de Fuerteventura no habría surgido este drama que, mejor que algún intento insular, es la más bella expresión escénica del conflicto de la isla, de la superación del mundo". (*Historia de la Literatura española.* Tomo II Pág. 80. Barcelona. 1938). El drama *Sombras de sueño* sí es posterior—en confección—al destierro de Unamuno; pero no es sino una versión escénica sin ningún elemento nuevo de la novela publicada en 1920 y de concepción muy anterior al confinamiento de don Miguel en la isla canaria.

Otras dos Elviras hay, que ahora recuerde, en la obra unamunesca. Elvira se llama una de las *Dos madres* ("Tres novelas ejemplares y un prólogo"); la madre que pare un hijo para la madre yerma, Raquel. Elvira es una de las mujeres un poco donjuanes, un poco a lo Teresas madrecitos, de *El hermano Juan*. La primera se parece a Elvira de Jacquetot: es la hembra entera, sin otra función que la de amar ciegamente y dar hijos al mundo; la segunda, un poco menos femenina, lleva acaso por esto el mismo nombre que la Solórzano, la historiada—por don Miguel,—la letrada, la ilusa, la que deshojaba la margarita del mar. La que guardaba la mascarilla de Tulio Macedo para enfrontarla (anti-Verónica) con el rostro desesperado de Julio Macedo. Porque el historiador espera que el hecho histórico se cumpla, se realice, pase, para obtenerle la mascarilla. Y así la del hombre doble Montalbán-Macedo se la legaron los Jacquetot a los Solórzano y éstos a don Miguel el a pesar de todo, como novelista puro, historiador.

Un proyecto de Ley...

(*Viene de la página 345*)

Tenemos el mismo origen, nos une el mismo movimiento de emancipación; hemos defendido la misma causa; tenemos las mismas instituciones democráticas y los mismos problemas internos y externos que resolver.

Todos somos hijos de la Revolución, cuyas rebeldías fulguraron, tanto en Caracas, como en Buenos Aires y La Paz.

Unidos debemos, pues, forjar nuestro porvenir. Así lo entendía ya en los albores de nuestra vida independiente, Bolívar, cuando en el Congreso de Panamá expresaba que los países latinoamericanos debían considerarse como aliados y confederados.

Hoy, después de los esfuerzos de los mejores hombres de América, Bolivia y Paraguay olvidan sus rencores y firman un pacto de amistad y convivencia fraternal. Y todos los pueblos hermanos aplauden regocijados.

Por ese convenio se repudia todo empleo directo o indirecto, de la fuerza como medio de solución de cualquier diferendo, y ambas partes contratantes renuncian recíprocamente a toda acción y reclamación derivadas de las responsabilidades de la guerra; lo que significa afirmar principios ya consagrados y aplicados por nuestra política internacional.

Es éste el momento propicio, señores senadores, para que la Argentina, cuya hegemonía en el Continente ha de ser espiritual, en nombre de la solidaridad americana; como un homenaje a la civilización; como un acto de elemental justicia para el hermano, inicie gestiones con el Gobierno del Brasil a fin de realizar, de común acuerdo, la condonación de la deuda del Paraguay, procedente de los gastos de la guerra llamada de la Triple Alianza.

El Tratado de la Triple Alianza celebrado el 1º de mayo de 1865, declaraba que la guerra no era contra el pueblo del Paraguay, hermano nuestro por el idioma, por las costumbres y por la sangre. Y la sangre argentina, derramada en aquella lucha homérica,—así lo afirmaron en este Parlamento, dos soldados que pelearon con bravura: Campos y Arias—, fue en homenaje a la libertad de ese pueblo.

¿Cómo justificaríamos que los nobles y valerosos soldados argentinos, hubieran ido al Paraguay, en nombre de la Libertad, si continuáramos imponiendo la servidumbre de un crédito que pesa como una lápida?

La deuda del Paraguay con la Argentina y el Brasil, estipulada en los tratados de 9 de enero de 1878 y de 3 de febrero de 1876, que nuestro país nunca ha exigido, excede en mucho a la suma que pagó Francia a Alemania después del 70. y es superior a la que entregó Turquía a Rusia, después de 1888.

No podemos encarar la política internacional desde el mismo punto de vista que las naciones europeas, donde existen odios profundos que amenazan destruir la civilización. La Argentina encarna el ideal de la armonía, y de la paz. Quiere que Iberoamérica esté unida, para que no haya patrias fraccionarias e impotentes.

Por eso es imperioso que los que, alguna vez, triunfaron en guerras casi civiles, no reclamen el botín, la presa de sus hazañas, como los generales de la Roma antigua, sino que como el noble castellano, según la expresión de un ilustre argentino, frente al vencido, sean los primeros en proclamar la palabra del olvido y la libertad.

Pido el voto de mis colegas para la sanción de este proyecto sobre tablas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!, en las bancas y en las galerías*).

Sr. Presidente.—Está en consideración la moción formulada por el señor senador Palacios.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Se le nuevamente la minuta.

—Se vota en general y en particular, aprobándose por unanimidad.

Sr. Presidente.—Está en considel objeto de esta sesión, queda levantada.

Eran las 16 y 15.

S. E. el Presidente de la República Española se dirige al País

Barcelona 18 de Julio de 1938

(*Concluye.* Vease el número anterior)

Las otras fases por que ha ido pasando el problema de España, o están vencidas, o están agotadas. Me refiero, claro está, al pronunciamiento inicial y a la guerra civil de que aquel pronunciamiento fue señal. Es un hecho indiscutible que el pronunciamiento militar fracasó; fracasó a las 48 horas, y estos dos años en que el poderoso concurso de hombres y material—más importante quizá el del material que el de los hombres—de Alemania y de Italia y la numerosa presencia de la morisma, no han bastado para derrocar por la fuerza a la República, están probando qué habría sido del pronunciamiento y de la guerra civil subsiguiente sin el auxilio exterior.

Esta no es una afirmación o una condolencia vana y puramente teórica, porque está preñado de consecuencias de orden político. La guerra civil está agotada, no porque hayan arriado las banderas ni porque hayan suscrito nuestra tesis o nuestros puntos de vista políticos sobre la mejor manera de gobernar a nuestro país, no; está agotada por efecto de la experiencia terrible de estos dos años.

En la base del ataque armado contra la República había, entre otros, unos errores que conviene señalar. Había, en primer término, un error de información, abultado y explotado por la propaganda: el error de creer que nuestro país estaba en vísperas de sufrir una insurrección comunista. Todos sabemos el origen de aquella patraña. Es un artículo de exportación de Alemania e Italia, que sirve para encubrir empresas mucho más serias. ¡Una insurrección comunista el año 36! ¡Cuando el Partido Comunista era el más moderno y el menos numeroso de todos los partidos proletarios; cuando en las elecciones de febrero los comunistas habían obtenido, incluso dentro de la coalición, diez y siete actas, que representan menos del cuatro por ciento de todos los sufragios emitidos en aquella ocasión en España! ¿Quién iba a hacer esa revolución? ¿Quién la iba a sostener? ¿Con qué fuerzas, suponiendo, que ya es suponer, que alguien hubiera pensado semejante cosa? La lógica hubiera prescrito que ante una amenaza de este tipo o de otro semejante contra el Estado republicano y contra el Estado español, que no era comunista, ni estaba en vías de serlo, de alto abajo, ni en los costados, todas esas fuerzas políticas y sociales amedrentadas por esa supuesta amenaza, se hubieran agrupado en torno del Estado para defenderlo, hubieran hecho el cuadro en torno suyo, porque al fin y al cabo era un Estado burgués; pero, lejos de eso, lo cual prueba la falsedad de la tesis, en lugar de defenderlo lo asaltaron. Un error, además, sobre el verdadero estado del país, que no en vano venía siendo trabajado, no ya desde la República, sino desde 1917, y si se me apura un poco, desde comienzo del siglo, por una profundísima corriente de transformación política. Y derivado de este error, otro todavía más grave: el error de suponer que el pueblo español, atacado por sorpresa, no sabría ni podría ni querría defenderse. Estos errores sirvieron de base, de incentivo al móvil inmdiato, al móvil inmediato confesable, que era defender los intereses, respetables sin duda, que se suponía amenazados por una revolución bolchevique. Y las pasiones que azuzaban esto, triste es decirlo, no eran sino el odio y el miedo, que han



cavado en España un abismo que se va colmando de sangre española; y el resorte original, la intolerancia castiza, la intolerancia fanática. El enemigo de un español es siempre otro español. Al español le gusta tener libertad de decir y pensar lo que se le antoja, pero tolera difícilmente que otro español goce de la misma libertad, y piense y diga lo contrario de lo que él opinaba.

Conjugados todos estos elementos, se produce el alzamiento y ataque a mano armada contra la República y, en vez del triunfo fácil, del triunfo alegre para los agresores—penoso únicamente para los agredidos—, estalla una calamidad nacional, que no tiene precedente en la Historia de España, con todas las consecuencias de orden político y económico, fácilmente previsibles, y que no dejaron de ser previstas para cuando se produjera un ataque contra la solución de término medio que representaba la República. Y ya estáis viendo, ya estarán viendo el cuadro: el triunfo... en las nubes; cientos de miles de muertos; ciudades ilustres y pueblos humildísimos, desaparecidos del mapa; lo más sano del ahorro nacional convertido en humo; los odios, enconados hasta la perversidad; hábitos de trabajo, perdidos; instrumentos de trabajo, desaparecidos; la riqueza nacional, comprometida para dos generaciones. Y aquellos que, con esta operación, deseándola, preparándola, sirviéndola, pensaban poner poner a salvo ésta u otra parte de su riqueza o de su interés, han averiguado ya que, merced a su operación, han sufrido lesiones, en el orden material y en el orden moral, mucho mayores que las que hubieran podido sobrevenirles de la República, aunque la República hubiera sido revolucionaria, y no moderada y parlamentaria como realmente era.

El daño ya está causado; ya no tiene remedio. Todos los intereses nacionales son solidarios, y, donde uno quiebra, todos los demás se precipitan en pos de su ruina, y lo mismo le alcanza al proletario que al burgués; al republicano que al fascista; a todos igual. Durante cincuenta años, los españoles están condenados a pobreza estrecha y a trabajos forzados si no quieren verse en la necesidad de sustentarse de la corteza de los árboles. Y el proletario que percibiera o perciba un salario de veinticinco pesetas será más pobre que cuando percibía uno de cinco o seis, y el millonario de pesetas se contentará con ser millonario de perras chicas o de céntimos todo lo más. Esto ya no tiene remedio. Añádase a eso la empresa de desnacionalización, la empresa de desespañolización, aneja e inherente a la presencia de los Gobiernos y de las tropas extranjeras en España, la cual empresa no se caracteriza ni se denota principalmente en el orden militar, ni siquiera en el orden político o internacional, con ser tan grave. Donde se denota y se muestra la garra clavada implacablemente en lo más vivo del ser español es en el orden económico. Las sumas gastadas por Italia y Alemania en España no las perdonarían; ni los esfuerzos hechos; ni abandonarían las posiciones tomadas, y, si los planes de los agresores se realizasen, durante dos o tres generaciones lo más fructífero del trabajo español iría a las arcas de Roma y de Berlín, para quienes estarían trabajando los españoles, como les ocurrió a algunas de las naciones vencidas en la Gran Guerra hasta que se declararon en quiebra, porque España en esas condiciones sería una nación vencida y sojuzgada.

Por esto, afirmo, que muchos, cuando no todos, de los que han calentado y sustentado la guerra civil en España y todavía la sostienen, descubren ahora que en la guerra han comprometido y perdido mucho más de lo que imaginaban comprometer o poder perder. ¡Y cuántos, cuántos y no de los menores, darían al ara algo bueno por volver al mes de junio de 1936, y lo pasado, pasado, y que se borrase esta pesadilla y, sobre todo, que se borrase la responsabilidad de haberla desencadenado! La guerra civil está agotada en sus móviles porque ha dado exactamente todo lo contrario de lo que se proponían sacar de ella, y ya a nadie le puede caber duda de que la guerra actual no es una guerra contra el gobierno, ni una guerra contra los Gobiernos republicanos, ni siquiera una guerra contra un sistema político: es una guerra contra la nación

española entera, incluso contra los propios fascistas, en cuanto españoles, porque será la nación entera, y ya está siendo, quien la sufra en su cuerpo y en su alma.

Yo afirmo que ningún credo político, venga de donde viniere, aunque hubiese sido revelado en una zarza ardiendo, tiene derecho, para conquistar el poder, a someter a su país al horrendo martirio que está sufriendo España. La magnitud del dislate, el gigantesco error, se mide más fácilmente con una consideración menos dramática, casi vulgar. Hace dos años que empezó este drama, motivado aparentemente en el orden político por no querer respetar los resultados del sufragio universal en el mes de febrero del 36. Han pasado dos años. Y cabe discurrir que, con la fugacidad de las situaciones políticas en España y con las fluctuaciones propias de las instituciones democráticas y de las variantes de la voluntad del sufragio popular, si en vez de cometer esta locura se hubiera seguido en el régimen normal, a estas horas es casi seguro que estaríamos en vísperas de una nueva consulta electoral, en la cual todos los españoles, libremente, podrían probar sus fuerzas políticas en España. ¿Qué negocio ha sido éste de desencadenar la guerra civil en España?

Si convierto ahora la mirada a otros puntos del horizonte, es de advertir, hablando siempre con la misma lealtad, que en cuanto el Estado republicano y la masa general del país se repusieron del aturdimiento, de la conmoción causados por el golpe de fuerza, empezaron a reanudarse aquellos vínculos que la espada cortó. Y ciertas verdades, que habían sido inundadas por el aluvión, volvieron a ponerse a flote y a entrar en nueva vigencia, y, por fortuna, hoy nadie las desconoce; por fortuna, porque no se pueden infringir impunemente. Destaco entre ellas que todos los españoles tenemos el mismo destino, un destino común, en la próspera y en la adversa fortuna, cualesquiera que sean la profesión religiosa, el credo político, el trabajo y el acento, y que nadie puede echarse a un lado y retirar la puesta. No es que sea ilícito hacerlo: es que, además, no se puede. Que el Estado, en sus fines propios es insustituible, y no hay Estado, digno de este nombre, sin sus bases funcionales, cuales son el orden, la competencia y la responsabilidad; que no puede fiarse nada a la indisciplina ni al arbitrio personal, ni confiarse nada a la improvisación, como no se quiera decir que improvisación es hacer pronto y bien las cosas que la torpeza o la desidia hacían tarde y mal; fuera de ello, en la vida no se improvisa nada, y cuando se habla de improvisación se dice un vocablo vicioso o vacío, y cuando la improvisación se confunde con el arbitrismo, se cosechan tonterías, novatadas y fracasos. Y por último, que nuestra guerra, tal como nosotros la entendemos y padecemos, es una guerra de defensa y su justificación única reside precisamente en la defensa del derecho estatuído para garantía de la libertad de toda la nación y de la libertad política de sus miembros, sin que sea lícito anteponer al fin único de la guerra fines secundarios, ni hacer desviar hacia ellos la guerra misma, por respetables y venerables que sean esos fines.

Muchas veces, o si no muchas, algunas, me he hecho intérprete de estas verdades ante el público en general. Hace más de año y medio, en aquellos días rudísimos, cuando la política y la guerra conjugaban su silueta sombría, alcé la voz en Valencia para recordar a todos, con aprobación del Gobierno, que el Estado republicano sostiene la guerra porque se la hacen, que nuestros fines de Estado eran restaurar en España la paz y un régimen liberal para todos los españoles; que nosotros no soportaremos ningún despotismo ni de un hombre, ni de un grupo, ni de un partido, ni de una clase; que los españoles somos demasiado hombre para someternos calladamente a la tiranía de la pistola o a la sinrazón de la ametralladora; que en la guerra no se ventila una cuestión de amor propio; que el triunfo de la República no podría ser el triunfo de un caudillo ni de un partido, sino el triunfo de la nación entera, restaurada en su soberanía y en su libertad. Sin amor propio, porque en una guerra civil—yo lo digo desde lo más profundo de mi corazón—no se triunfa personalmente sobre un compatriota.

Y más tarde, también en Valencia, me levanté para decir que no es aceptable una política cuyo propósito sea el exterminio del adversario, exterminio ilícito y, además, imposible, y que si el odio y el miedo han tomado tanta parte en la incubación de este desastre, habría que disipar el miedo y habría que sobresanar el odio, porque por mucho que se maten los españoles unos contra otros, todavía quedarían bastantes que tendrían necesidad de resignarse—si este es el vocablo—a seguir viviendo juntos, si ha de continuar viviendo la Nación.

Y hablando en Madrid al Ejército que defiende la capital, un Ejército español, como todos los nuestros, le dije, sacando a luz su más íntimo sentir, corroborado por las lágrimas y por los aplausos de aquellos valientes soldados, que estaban luchando en causa propia, que se identificaba con la causa nacional, y que luchaban por su libertad, pero también por la libertad de los que no quieren la libertad. Y ellos lo aceptan y lo saben. Esta es la grandeza inconfundible del ejército español, del ejército de la República, el ejército que es ahora verdaderamente la Nación en armas, en cuyas filas tanto el burgués como el proletario, tanto el intelectual como el manual, luchan y mueren juntos y aprenden a conocerse y a saber que por encima de todas las diferencias de clase y por encima de todos los contrastes de teorías políticas, está, no sólo la indomable condición humana que a todos nos iguala, sino la emoción de ser españoles, que a todos nos dignifica. (*Aplausos*).

Este Ejército que, con su tesón, con su espíritu de sacrificio, con su terrible aprendizaje está formando y ha formado el escudo necesario para que entretanto la verdad y la justicia se abran paso en el mundo, forja con sus puños y calienta con su sangre el arquetipo de una nación libre. Su causa, por española que sea, tiene una repercusión en todo el mundo. Hacia estos combatientes va no sólo nuestra admiración, sino nuestro profundo respeto. Tejed con vuestro aplauso la corona cívica que merece su ejemplar ciudadanía. (*Gran ovación*).

Ellos forjan el porvenir y yo del porvenir no sé nada. El papel de profeta no me cumple. Y como, además, estoy en mi patria, no quiero forzar la veracidad del adagio. Del porvenir ha hablado el Gobierno, y está más en su función. Hace pocas semanas, el Gobierno de la República ha promulgado una declaración política que ha hecho bastante ruido, y yo lo celebro. En esa declaración política, lo que yo encuentro es la pura doctrina republicana — yo nunca he profesado otra—, y al prestarle mi previo asentimiento a esa declaración sin ninguna reserva, no hice más que remachar y repasar todos mis pensamientos y palabras de estos años. Para llenarla de contenido cada día más, para realizarla a fondo, no deben ponerse obstáculos al Gobierno, a éste o a otro Gobierno que sustente la misma doctrina. Y es de advertir que no puede haber ningún Gobierno que no la sustente. En esa declaración, hablando del porvenir, el Gobierno alude, más que alude, nombra expresamente la colaboración de todos los españoles el día de mañana, después de la guerra, en la obra de reconstrucción de España. Ha hecho bien el Gobierno en decirlo así. La reconstrucción será una tarea aplastante, gigantesca, que no se podrá fiar al genio personal de nadie, ni siquiera de un corto número de personas o de técnicos; tendrá que ser obra de la colmena española en su conjunto, cuando reine la paz, una paz que no podrá ser más que una paz española y una paz nacional, una paz de hombres libres, una paz para hombres libres. (*Muy bien*). Y entonces, cuando los españoles puedan emplear en cosa mejor este extraordinario caudal de energías que estaba como amortiguado y que se ha desparramado con motivo de la guerra; cuando puedan emplear en esa obra sus energías juveniles que, por lo visto, son inextinguibles, con la gloria duradera de la paz, substituirán la gloria siniestra y dolorosa de la guerra. Y entonces se comprobará una vez más lo que nunca debió ser desconocido por los que lo desconocieron:

que todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo. Ahí está la base de la nacionalidad y la raíz del sentimiento patriótico, no en un dogma que excluye de la nacionalidad a todos los que no lo profesan, sea un dogma religioso, político o económico. ¡Eso es un concepto islámico de la Nación y del Estado! Nosotros vemos en la Patria una libertad, fundiendo en ella, no sólo los elementos materiales de territorio, de energía física o de riqueza, sino todo el patrimonio moral acumulado por los españoles en veinte siglos y que constituye el título grandioso de nuestra civilización en el mundo.

Habla de reconstitución el Gobierno. Y, en efecto, reconstitución será en todo aquello que atañe al cuerpo físico de la nación: a las obras, a los instrumentos de trabajo, etc.; pero hay otro capítulo, u otro orden de cosas, en que no podrá haber reconstrucción; tendrá que ser construcción desde los cimientos, nueva. Y esto, por motivos, por causas que no dependen de la voluntad de los hombres ni de los programas políticos, ni de las aspiraciones de nadie. En primer lugar, la conmoción que ha producido la guerra, echando por el suelo todas las convenciones sociales en vigor, no me refiero a las convenciones de tipo jurídico, sino a las convenciones de la vida social, del trato entre hombres; echándolas por el suelo y poniendo a cada cual en el trance terrible de optar entre la vida y la muerte. Todo el mundo, altos y bajos, han mostrado ya, sin disfraz, lo que llevan dentro, lo que realmente son, lo que realmente eran. De suerte que hemos llegado, por causas no precisamente de las operaciones militares, sino de toda la conmoción que ha producido y produce la guerra, a una especie de valle de Josafat, como después del acabamiento del mundo, en el que nadie puede engañarse ni engañarnos: todos sabemos ya quienes éramos todos. Muchos se han engrandecido; otros, y no pocos, se han envilecido. ¡Dichoso el que muere antes de haber enseñado el límite de su grandeza! Muchos no han muerto, por desgracia para ellos. (*Muy bien; grandes aplausos*). Esta situación de orden moral creará en el porvenir de España una situación, digamos, incómoda, porque, en efecto, es difícil vivir en una sociedad sin disfraz, y cada cual tendrá delante ese espejo mágico, donde ya no se verá con la fisonomía del mañana, sino donde, siempre que se mire, encontrará lo que ha sido, lo que ha hecho y lo que ha dicho durante la guerra. (*Muy bien, muy bien*). Y nadie lo podrá olvidar, no por espíritu de venganza, sino como no se pueden olvidar los rasgos de la fisonomía de una persona.

Además de este fenómeno, de muchas y muy dilatadas y profundas consecuencias, como probará el porvenir; además de este fenómeno de orden psicológico y moral respecto de las personas, hay otro mucho más importante. Nunca ha sabido nadie ni ha podido predecir nadie lo que se funda con una guerra ¡nunca! Las guerras, sean o no exteriores y, sobre todo, las guerras civiles, se promueven o se desencadenan con estos o los otros programas, con estos o los otros propósitos, hasta donde llega la agudeza, el ingenio o el talento de las personas; pero jamás en ninguna guerra se ha podido descubrir desde el primer día cuáles van a ser sus profundas repercusiones en el orden social y en el orden político y en la vida moral de los interesados en la guerra. Conste que la guerra no consiste sólo en las operaciones militares, en los movimientos de los ejércitos, en las batallas. No; eso es el signo y la demostración de otra cosa mucho más profunda y más vasta y más grande; ese es el signo de dos corrientes de orden moral, de dos oleadas de sentimiento, de dos estados de ánimo que chocan, que se encrespan, que luchan el uno contra el otro, y de los cuales se obtiene una resultante que nadie ha podido nunca calcular. Nadie, nunca.

Guerras emprendidas para imponer sobre todo la unidad dogmática, han producido la proclamación de la libertad de conciencia en Europa y el Estatuto político de los países disidentes de la unidad católica; guerras emprendidas para imponer la monarquía universal, han producido el levantamiento liberal, entre otros el del pueblo español; guerras emprendidas para abatir un militarismo, lo han dejado más vivo, lo han hecho retoñar más vigoroso y han hecho triunfar una revolución social. Nuestras propias guerras son ejemplo de lo que digo. Y no me refiero tampoco a la estructura política ni a las constituciones o a los decretos que vayan a hacer los Gobiernos de mañana. No, no es eso; es la conmoción profunda en la moral de un país, que nadie puede constreñir y que nadie puede e n c a u z a r. Después de un terremoto, es d i f í c i l reconocer el perfil del terreno. Imaginad una montaña volcánica, pero apagada, en cuyos flancos viven, durante generaciones, muchas familias pacíficas. Un día, la montaña entra de pronto en erupción, causa estragos, y cuando la erupción cesa y se disipan las humaredas, los habitantes supervivientes miran a la montaña y ya no les parece la misma; no reconocen su perfil no reconocen su forma. Es la misma montaña, pero de otra manera, y la misma materia en fusión que expele el cráter cuando cae en tierra y se solidifica, forma parte del perfil del terreno y hay que contar con ella para las edificaciones del día de mañana.

Este fenómeno profundo, que se da en todas las guerras, me impide a mí hablar del porvenir de España en el orden político y en el orden moral, porque es un profundo misterio, en este país de las sorpresas y de las reacciones inesperadas, lo que podrá resultar el día en que los españoles, en paz, se pongan a considerar lo que han hecho durante la guerra. Yo creo que si de esta acumulación de males ha de salir el mayor bien posible, será con este espíritu, y desventurado el que no lo entienda así. No tengo el optimismo de un Pangloss ni voy a aplicar a este drama español la simplísima doctrina del adagio, de que "No hay mal que por bien no venga". No es verdad, no es verdad. Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres, que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón. *(Aplausos)*.

Carta alusiva

San José, setiembre 12 de 1938

Sr. Prof.
don Joaquín García Monge,
Pte.

Distinguido don Joaquín:

No sé si el de esta carta es mérito suficiente para distraer su atención. En esa duda, atendiendo sólo a su cordial hospitalidad, me permito señalar sin más preámbulo el objetivo de estas líneas.

En mi última colaboración para *Repertorio*, en la cual me referí al librito *La Psicología del Lider* del profesor Vincenzi, aparecieron dos errores de imprenta que me gustaría, por su importancia, dar fe de ellos.

En el párrafo 2º dice: "Se propone el profesor Vincenzi conseguir el propio y justo conocimiento...."

Debe leerse: "Se propone el profesor Vincenzi *contribuir al* propio y justo conocimiento..."

El párrafo antepenúltimo empieza: "Lo apuntado está en manifiesta oposición con el espíritu cultural y económico de la obra".

Debe leerse: "Lo apuntado está en manifiesta oposición con el espíritu cultural y *ecuménico* de la obra".

Quizá Ud., don Joaquín, leyó "La Tribuna" del jueves pasado en la sección donde se refiere el autor del librito c r i t i c a d o a mi comentario. Dichosamente según se desprende de los párrafos del profesor Vincenzi, éste se dio cuenta de mis propósitos depuradores al criticar, de mis afanes de construir previa clarificación de este ambiente intelectual equívoco y desidioso, en el bien entendido de que es necesario emprender en defecto de otros más capaces que optan por cruzarse de brazos. Sólo que Vincenzi entendió la forma pero no el fondo. Hablé de fines culturales en contradicción con tendencias políticas reaccionarias. Razoné mi opinión, por cierto muy a lo hondo, puesto que hice pasar mi análisis desde los aspectos filosóficos, tocando lo científico y lo político, hasta referirme encomiablemente a la forma de escribir. Y a pesar de eso, mi criticado afirma: "usted leyó el libro, pero no lo estudió", después de tratar de explicar lo inexplicable: su interpretación suigéneris de la Historia. Porque lo cierto es que Vincenzi no entiende la Historia como un proceso coordinado, de evolución continua hacia la auténtica libertad humana, sin relacionar lo sucedido con lo actual y sin compaginar lo presente como engendrador de lo futuro. El ve los hechos aislados, sin nexo alguno, dejándose guiar por causas puramente superficiales.

Como tampoco comprende que debe existir igual coordinación entre los pensamientos íntimos, las actitudes personales y sus proyecciones políticas para que se pueda hablar de verdadera ideología. Puesto que si el significado de esta palabra supone una interpretación constante, un método continuado de ideas, un punto de vista común para juzgar los sucesos y actuar en consecuencia, proceder en otra forma es incurrir en contradicciones, es carecer de solidez doctrinaria, significa indefinición o malabarismo. Así pues, lamento que sólo haya comprendido el señor Vincenzi el aspecto formal de mis propósitos, dejando de lado el eje de mi crítica. Es lo mismo que sucedió con su librito: estilo muy bello y depurado, pero conte-

(*Pasa a la página 343*)

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo qué para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York

El padre de los pájaros

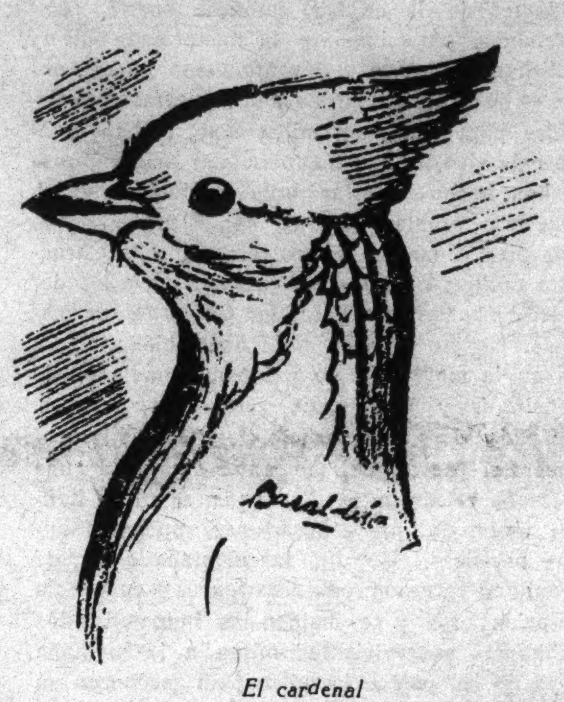
Por CLEMENTE LOPEZ TRUJILLO

= De *El Nacional*, México, D. F., 6 de agosto del 1938 =

¿Es eterno el hombre? Morir es renacer en alguna parte, quizás en uno mismo. Y renacer es entregarse a una eternidad de espacios y tiempos y no saberlo uno, acaso, pero sumergiéndonos en la conciencia de todas las cosas. He aquí que los árboles son la mejor eternidad del hombre, frente al paisaje. Los árboles, que hacen total e integralmente al hombre en la naturaleza. Y con los árboles, los pájaros. Si no existiese la selva no habría pájaros. Podría faltar la luz, y ser eterno y melodioso el ruiseñor. Y no ser la alondra, "hija del día". Pero el ruiseñor, sería más humanamente divino. Ya en la antigüedad se hablaba de la misteriosa inteligencia de este pájaro, digno de la mejor poesía. Michelet, que sabía, o mejor, entendía como ningún otro hombre estas cosas de los pájaros, ha hecho el elogio del ruiseñor. Su elogio y su cumbre. Lo ha colocado más allá del hombre, más allá de la naturaleza. Maestro de sí mismo, y maestro insuperable en la maestría del canto armonioso, el ruiseñor es cumbre y base del hombre.

El hombre se hace eterno con el canto de los pájaros. Ahí está la sombra de Carlos Hollaender, que acaba de entregar el alma, definitivamente, no a la naturaleza, sino a la maravillosa existencia, por siempre y para siempre, de cien canarios cantores. Ha muerto en Budapest, y se le llamaba "el padre de los pájaros". Hace treinta años era un humilde carpintero, es decir, un artista. Porque hay una sensibilidad del carpintero como la hay del músico.

Y cepillar madera es una manera de cantar. ¿Con las manos? ¿Qué no es posible hacer con las manos? Recordemos aquella página de Montaigne en que nos habla de las múltiples expresiones de las manos. El cepillo, al deslizarse, tierna o bruscamente sobre la madera, tiene su canción, delicada o áspera. Y aunque cepilla un pedazo de madera, canta con los labios, y a esto puede llamársele un diálogo de dos melodías; la de quien cepilla y la del cepillo sobre la madera. Pues bien, Carlos Hollaender, muerto ya irremediablemente, es ahora una sombra que canta. Muerto, su espíritu es una sombra que está escurriéndose con suaves resonancias en la selva de todos los continentes. Y en la selva del más allá que es más que una muerte, un renacimiento. Hace treinta años que Hollaender cambió las herramientas del carpintero por esas otras, tan delicadas, del maestro musical. ¿Era él un músico? Que sepamos, nunca meditó sobre la labor del zapatero, que se dice tiene muy apretados los lazos de amistad con la música. Porque trabaja, también, con las manos, que poseen "variedad que nada tiene que envidiar a las modulaciones más delicadas de la voz", que decía Montaigne. ¡Ah, porque las manos, cuando trabajan, incitan al canto! Y éste se va escurriendo asimismo por las manos. Hollaender tenía un grande amor por los pájaros. ¿Habría leído a Michelet? Lo dudamos, pero le bastaba conocerse a sí mismo, que ésta es una manera de comprender a los pájaros, de entrar impunemente a pasearse por el mundo inefable de las palpitaciones en juego de resonancia delirante. Muere Hollaender a los setenta y nueve años de su edad. ¡Y cuántos les dedicó a sus pajaritos! Por eso puede decirse que su vida es una de las más interesantes de estos últimos tiempos. Sólo puede compa-rársele, en perspicacia y penetración—claro que en otro sentido y desde otro punto de vista—con Sigmund Freud. Cuando Hollaender decidió cambiar sus herramientas, también cantoras, del carpintero por las del instructor de pájaros, hubo un largo, insospechado estremecimiento en todas las ramas de todos los árboles del mundo. Dió principio su tarea musical con diez canarios, quienes a vuelta de dos años, bastaba con sólo una indicación del viejo carpintero para entonar la marcha Rakoczy de "La Condenación de Fausto", de Berlioz. Fueron creciendo en número los canarios cantores. Ya en 1920 eran cien. Qué maravillosa orquesta, y qué enorme y delicada sensibilidad la de los pájaros, bajo la batuta nerviosamente iluminada de los ojos y las manos de Carlos Hollaender. Los dividió en grupos de a diez; conocían los más delicados matices de los tonos; su melodía era insuperable e inquietaron, por tanto, a toda Europa, donde se conoció por primera vez en el mundo una orquesta de tal naturaleza y maravilla. Y Hollaender era el héroe, el cazador melódico, el maestro divino de la eternidad del hombre y del pájaro en la canción.



El cardenal

Ilustración de *Héctor Basaldúa*

Ha muerto el padre de los pájaros. ¿Qué influencia demoníaca fluía de su espíritu? ¿Cómo es posible que un solo hombre pudiese lograr el que se pongan de acuerdo cien pájaros a una sola vez, divididos en grupos de diez? Era todo eso nada más que una expresión de su sensibilidad.

Carlos Hollaender ha tenido una muerte como de pájaro. Hay algunos de éstos—se nos dice—que "mueren como si se adormeciesen". Sintiéndose morir, no pidió más luz, como Goethe, ni se tomó el pulso, para sentirse morir, como aquel médico de quien alguien nos habla. Sólo pidió una sombra suave y tibia, la proyectada por sus canarios, para tomarles el pulso con su muerte. Colocados a su alrededor, y guiados acaso por los hilos invisibles de la muerte, que se leía en los ojos del padre de los pájaros, entonaron su última canción. Exactamente la última, que fue también la postrera canción de Carlos Hollaender. Y se durmió, como mueren los pájaros, se entregó no a la naturaleza, no a la tierra, no a la otra sombra de los hombres en torno de otro que va a morir, sombra que es también más sagrada que la que se proyecta, por ejemplo, en la soledad de un desierto, cuando sólo se lleva encima el tic tac de un reloj, que decía Buttler. Rodeado de sus canarios, Hollaender entregóse a sus pájaros. Su última súplica consistió en que fuesen puestos en libertad, porque pensaba, después de él nadie podía cuidarlos con la diligencia y atención a que los había acostumbrado.

Ha muerto Carlos Hollaender, pero vivirá una eternidad, estremeciéndose la suave vida de su voluntad tranquila, de rama en rama. Así lo quiere el amor más humano y más divino, atravesándole la sombra de su espíritu en la selva. Así lo quiere el estremecimiento de las cosas sagradas en la sombra por siempre luminosa de un hombre que fue un niño. Porque no otra cosa fue Carlos Hollaender. Y su sombra, que es también un estremecimiento, vivirá en la selva, y en la garganta de todos los pájaros del mundo.

Es una lección definitiva la suya. Definitivamente poética, más allá del hombre, más allá de su corazón vigilante. Allá donde se asientan todas las resonancias, donde el color es una música de los matices; un paisaje que no necesita de la presencia del pintor, porque sólo bastan los ojos y las manos del hombre para fijarlo certeramente en la conciencia de la libertad y del canto.

Los ojos y las manos y todo el carácter y la voluntad—en polvo ante sus canarios—de Carlos Hollaender, viejecito musicalmente construido, que aprendió la mejor canción de su vida mientras cepillaba pedazos de madera. La mejor canción de su vida que adelgazó como si fuese un hilo invisible y la introdujo en la garganta de sus pájaros.

Por eso, nunca mejor que hoy, vale la pena recordar la vida sencilla y heroica, y recordar su muerte, reciente y dolorosa. Con una palabra podría ser detenido el movimiento de la tierra. Pero una canción podría destruirla. O reconstruirla, que es lo que necesitan hacer los hombres ahora para salvarse. Y para poder morir en paz con los demás hombres, como ha muerto, en paz con sus pájaros, Carlos Hollaender, maestro de la vida sencilla y constructor de una eterna conciencia musical.